

DIVERTIMENTA

Morales Bermúdez, Jesús

Divertimenta. Entonces sólo la noche / Jesús Morales Bermúdez y Enrique Ferrari -1a ed.- Buenos Aires: El 8vo. loco, 2008.

240 pp.; 19x14 cms. (69/ Argentina es Latinoamérica)

ISBN 978-987-22685-5-8

1. Narrativa 2. Cuentos I. Ferrari, Enrique II. Título

CDD 863

colección 69/ Argentina es Latinoamérica

#1: Ojeda • Fiszman

© Jesús Morales Bermúdez

© EL 8VO. LOCO EDICIONES

Entre Ríos 1583, PB, depto.: A/ Ciudad Autónoma de Buenos Aires

el8vo.loco@gmail.com

www.el8voloco.com.ar

Diseño *budubu@gmail.com*

HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY 11.723

IMPRESO EN ARGENTINA - *Printed in Argentina*

jesúsmoralesbermúdez

DIVERTIMENTA

SEGUIDO DE UNA PRESENTACIÓN A CARGO DE
MARTIN LIENHARD

NOTAS
ANA OJEDA Y ROCCO CARBONE



NOTA A LA EDICIÓN

Presentamos a continuación, por primera vez en la Argentina, *Divertimenta*, libro del escritor chiapaneco Jesús Morales Bermúdez. Las peculiaridades de su vocabulario y sintaxis –reseñadas por Martín Lienhard en su presentación– nos movieron a realizar una edición anotada.

Y segundo: las notas que acompañan *Divertimenta* son de dos tipos. Unas ofrecen informaciones acerca de mitos y leyendas, usos y costumbres. Las otras son de vocabulario. Para confeccionar estas últimas, hemos recurrido a la vigésimo segunda edición del *Diccionario de la lengua española* (RAE, Buenos Aires, 2001) –la que teníamos a mano– y al *Diccionario de mejicanismos* de Francisco J. de Santamaría (Méjico D. F., 1992), superior por mucho a aquél, por sus inexactitudes, pero también por el evidente gozo que le produce a su autor la titánica empresa que acomete.

Y tres: desde ya, el notorio puede obviarse. La sonoridad a selvas vírgenes y valles fértiles que rezuman las distintas variaciones de esta delicada música de cámara es lo único que importa.

ANA OJEDA
ROCCO CARBONE

ÍNDICE

Proscenio 1	11	Destino	42
Proscenio 2	12	La revelación	44
La caja	14	Viajar, viajar...	46
La fuente	16	Voluntad	48
Dos hombres	17	Iniciación	50
Armonía	19	El descubrimiento	52
Jardín	20	El maestro	54
Sufí	21	La noche	56
Romance	22	El bardo	58
Un deseo	24	Delos	60
El espejo	26	La era	62
La novia	27	Deslices	64
Quebranto	28	Santuario	66
Carraquitas	30	La castalia	68
El escarabajo	32	El héroe	70
De la prensa	34	Inscripción	72
Ofidio	35	Helena	74
Mito	36	Los amantes	76
Rito	37	Rescoldo	78
El foso	38	Genealogía	80
Lontananza	40	Vacilación	82

El devoto	83	Chaquismo	99
Expectativas	85	Visitas	101
La poetisa y el forzudo	87	Litografías	103
Furtividad	89	El robo	105
Evocación	91	El milagro	106
Sentimiento	92	Naufragio	107
De un joven	94	Hallazgo	108
El árbol	95	Floración	109
Círculos	97	Salmo	110

Presentación,
a cargo de M. Lienhard...111

DIVERTIMENTA: nominativo plural de: divertimentum, i. n. = Recreatio, onis: mentis evagatio; animi relaxatio, animi remissio.

Diccionario de la lengua latina, 1941, Apis, Rosario, Argentina.

Por la belleza es como se camina a la libertad.

F. Shiller

*Si el hombre se entiende como libre
y sabe utilizar su libertad, su actividad
es un juego.*

J. P. Sartre

*Yo estaba allí, como hacedor de formas,
y era yo todos los días su delicia,
jugando en su presencia en todo el tiempo,
jugando por el orbe de su tierra.*

Proverbios 8, 30-31

PROSCENIO 1

Era anterior al arpa, a la lluvia y a las palabras.

R. Alberti

Llovió aquella tarde. Al cobijo del hogar el silbo de una canción. La penumbra al principio, la niebla, la decantada vésper¹ luz sobre el contorno de elevaciones, de planicies. El rumor quedo de un arroyo después, el asombro, la luz intermitente de millares, de cientos de millares de luciérnagas, en espectáculo único e irrepetible. Intensa oloración la tierra; a lo lejos el mugido enternecido del animal. En la desierta soledad del campo se han sentado los dioses a conversar. Y los susurros, las luyidas² oquedades de sus voces,³ parecieran dar comienzo a la creación.

II

¹ Véspero: dícese del planeta Venus como lucero de la tarde. También utilizado como relativo al anochecer.

² Luyir: variante poco frecuente de lullir (rozar, frotar algo contra otra cosa).

³ Alusión a un conocido verso (“[...] oscuro sin sabor de féretro/luyidos vientos/desenroscados de la Esfingie/preguntona del Desierto [...]”) perteneciente a “Espergesia”, último poema de *Los heraldos negros* (1918), del poeta peruano César Vallejo.

PROSCENIO 2

La voz, susurro, oquedad o trueno, fulge diáfana o sonora según el acuerdo o desacuerdo de los dioses. De pronto se eleva la furia de quien se supo de mayor poder: algo parecido al fuego pero de forma circular que se instala inmenso, abrasador.

12

Han pensando los otros dioses en la significación del furor del dios que se desea mayor. *Lo será por siempre*, se dicen, *de no mediar remedio de la asamblea*. Cavidan, entonces, pacientes pero feroces, urdiendo las mil formas de la malignidad. Sienten que sus realezas se agotan sin hallar solución; se percatan, sin embargo, de la existencia de una dimensión diferente, mientras se encuentran en la discusión: el tiempo. En él se centra el cambio aun cuando el cambio provenga de los dioses.

En cierto momento alguno de ellos juega con el barro susstraído del corazón de la montaña. Plasma en el barro la semejanza del dios principal. Sube, luego, a la montaña y lo lanza una y otra vez. Cuando se considera con práctica suficiente congrega a los otros dioses. Ante el asombro de tantos ojos despliega el total de su energía y jimba el comal.¹ Pleno de sí el dios principal ha descuidado cualquier precaución. Pero avizora pronto el golpe. Casi a punto, alcanza a mermar la violencia del impacto. No como hubiera deseado sin embargo. Cetero como el atentado fue, ocultó su poderosa luz a los ojos de los otros dioses. Un

¹ En Chiapas, “jimbar” significa lanzar o arrojar algo con fuerza (también: empujar). En este caso, el comal (del azteca *comalli*): disco de barro o de metal que comúnmente se utiliza para cocer tortillas de maíz o para tostar granos de café o de cacao.

momento. Ante la furia de su calor se quemó el comal e inició el descenso. Pero le permanece la condena del fuego. De allí su necesidad de permanecer sobre la lumbre.

Ése fue el comienzo de los eclipses y de la luna como medición del tiempo.

LA CAJA

14

Desde su infancia tuvo gusto por las cajitas de madera. Creció con el afán de adquirir cuantas hallara en su camino. A tanto su inclinación que quiso conversar con aquellas recién adquiridas. Supo de aquella proveniente de la India, hija del Sándalo, de los sueños de Ben Ahmí.¹ Conoció a la preferida de Citerea,² la otra humilde donde se guardara la última gota del Grial y la más humilde aún, reliquia de las reliquias de Cuauhtémoc.³ Cierta tarde de mercado se encontró con una cajita de origen sudamericano. Un sobresalto recorrió su cuerpo, la furia de un jabalí. Secretamente se trasladó con ella. Del camino en un recodo se resguardó entre el follaje sentada sobre una piedra. La acercó hacia sí. *¿Quién eres? –le preguntó– ¿por qué te asñas?* La abrió entonces por escuchar su voz. Un vértigo, un nublado sobrevoló su mente al tiempo de escuchar respuesta: *Secreto del secreto soy, me habita. No me está dado decirlo, pues en mí, quien se asoma a mis*

¹Nombre inventado, compuesto a partir de la sonoridad de ciertos nombres presentes en *Las mil y una noches*. Su finalidad es situar el texto en el contexto de las tradiciones del desierto.

²Diosa del amor y de la belleza, hija de Dione –según la *Ilíada*– o nacida de la espuma del mar –de acuerdo con una tradición posterior–. En *De natura animalium* es llevada a la isla de Citera, de la que toma su nombre.

³Último soberano azteca. Hijo de Ahuítzotl, ocupó el trono de Tenochtitlán luego de la muerte de Cuitláhuac, hermano de Moctezuma, a quien había sucedido. Organizó, alrededor de 1520, la defensa de la capital del imperio azteca para hacer frente a la invasión española, comandada por Cortés.

abismos, podrá el conocimiento, dijo. El vértigo tornó en tornado introduciéndola en la bruma de la pequeña caja. Una nueva se abrió y hacia allá fue conducida, hacia otra, hacia aquellas que se continúan abriendo aún el día de hoy.

LA FUENTE

*Oh fons Banduciae, splendidior vitro!*¹

Horacio

16

A semejanza de su abuela, soñaba por las noches. Apenas al despertar pronunciaba: *¡Ay, tuve un sueño muy feo!*, aun cuando nunca lo contaba. A pesar de todo, amaba con profundidad dormir. Cuando aquella noche, cayó en el barranco de un sueño. Se vio entre canales, como desagües de una ciudad, por más que su ciudad careciera de desagües. *¡Cuán hermosas arcadas –se dijo–, cuántas fuentes, cuánta en abundancia el agua!* Parecía como el oasis, como el espejismo. Corrió para gustar de una fuente, cristalina y fresca. Como el viento entre los canales comenzaron por salpicarle las aguas negras, a ascenderle por los tobillos, las piernas, los senos, negras, hediondas aguas que la provocaron hasta la náusea, el vómito, ayudándose el estómago con los brazos, excremento ella misma en el sueño de otra joven mujer, fuente de agua cristalina y fresca.

¹ “¡Oh fuente de Bandusia [de Banzi, provincia de Potenza, Italia], más clara que el cristal, digna del dulce vino puro!”. Se trata del *incipit* de una de las composiciones horacianas más conocidas: *Carmina* [Odas], III, 13. Al parecer, fue escrita para la celebración de los *Fontanalia* (fiesta sacra de las fuentes), que el poeta se prepara a celebrar con derramamiento de vino, coronas de flores y la inmolación de un cabrito.

DOS HOMBRES

Dos hombres, Virgilio el uno, Augurio el otro, toparon en el cruce de un camino viejo. *Perdido* el primero, *como entre una selva oscura*, olvidaba el destino hacia el cual se dirigía. A sus espaldas, semejante a las figuras de Murillo,¹ un cordero azoraba asombros, una red en su desborde de mangos, de guanábanas,² cacaos, la hermosura tropical de frutos en mil y en dos mil. A la espalda del segundo una zalea³ apenas y sobre la zalea una penca deliciosa de miel,⁴ una ensarta⁵ galana de brevas,⁶ de acamayas.⁷

En el cruce de un camino viejo los hombres se encontraron. Nostálgico uno por el olvido, previsor el otro, deseoso de ser recibido con bien, merced a los dones a su espalda. ¿Pero a quién entregar los dones, y en cuál lugar?

17

¹ Bartolomé Esteban Murillo. Pintor español, de origen sevillano, que vivió en el siglo XVII. Autor, entre otros, de la *Cocina de los ángeles* (1646), la *Sagrada familia* (ca. 1650), el *Nacimiento de la Virgen* (ca. 1660) y la *Adoración de los pastores* (1668).

² Fruta del guanábano, árbol de las Antillas, de la familia de las Anonáceas.

³ Cuero de oveja o carnero, curtido de modo que conserve la lana, empleado para preservar de la humedad y el frío. También: cuero o piel en general.

⁴ Usado para significar trozo grande de algo: penco de mujer, penco de hombre (mujer u hombre notables).

⁵ Sarta.

⁶ Pasta de tabaco especialmente preparada para masticarse.

⁷ Nombre que se le da a la langosta de río o langostín (sobre todo en la región del norte del Estado de Veracruz y del de Hidalgo).

Hermosa la laguna distiende su encaje a pocos metros de donde están, internándose en la espesura. Un como rumor a los hombres llama y hacia su vera van, para contemplarse en su reflejo, para en su limo yacer sus dulces y delicadas cargas. Piensa Virgilio en el fin, en la quietud serena y sombría de la muerte. Ni la guanábana siquiera le llama a saboración, antes bien su blancura le empalidece el alma.

A un costado de él espera Augurio la manifestación de lo imprevisto, algo que rompa la quietud, la calma. Y de entre la quietud, la calma, surgió: *morena, sus cabellos sueltos, fresca y robusta como una muchacha; se lanzó al agua, cuya superficie empezó a azotar con los pies, levantando un blanco hervor de espumas.*

Luego del instante fugaz la ruta hacia la edificación, al tormento de reconstruir, en el alma y en la realidad, la imagen.

ARMONÍA

De pronto se encontró sobre la tierra. Acostumbró sus ojos al medio diverso de luz, de bruma, verde y nube, a la inocencia de sus propios ojos. Contempló entonces, una vega.¹ Hacia ella se encaminó, por reconocer si hubiere río, peces y delicias. De entre la feraz fragancia de la vega se reconocían los aromas de la pomarrosa² suave y del lúbrico chicozapote.³ Al extremo de sus raíces el caudal, fresco y sonoro, de un río. Abrevó de él, se contempló, Narciso, entre sus aguas. En el fondo pudo verla, anchurosa y amable, madre del agua. Sus manos extensas pretendían como abrazarlo todo, o como propiciar la libertad de todo. Y sí, sus ojos vivieron el asombro al contemplar a aquella madre del agua y cómo de su seno se desprendían: hacia el raudal los peces, las tortugas, hacia el vuelo las aves, las palomas blancas, las gaviotas.

19

¹Tierra baja, fértil y húmeda.

²Planta mirtácea. Originaria de la India oriental, propagada en la América insular e ístmica, en tierra caliente, cultivada no sólo por su fruto, sino también como ornamento.

³Árbol de la familia de las Sapotáceas, que se cría en los terrenos cálidos y húmedos de ambas Américas. Su fruto, de igual nombre, es del tamaño de un durazno, de carne color canela, muy blanda y dulce.

JARDÍN

En el jardín de Diana,¹ contemplamos la tarde. Robustos se levantan los fresnos, las caobas, los nambimbos.² El viento entre ellos, el vocinglerío de chicharras, de cotorras. Pareciera un paraíso entre medio de la urbe de no ser el estruendo de motores, de cláxones, de sirenas de hospital; de no ser por la cauda³ luminosa del jet; de no ser por el hastío de Diana ante el jardín, su hartazgo, de no ser por sus aprestos raudos hacia el rap, hacia una discoteque.

¹Divinidad latina de la caza que los romanos identificaban con la diosa griega Artemisa.

²Nombre que en Oaxaca y Chiapas se le da a la *Ebretia tinifolia*, planta borraginácea conocida también como saúco y manzana. En Yucatán: roble.

³Falda o cola.

SUFÍ¹

Como si Aladino viajara en ella, sus ropas transformaron por la ropa de beduinos. Atravesó la inmensidad, le cupo sol, el gusto por camellos y caballos del desierto; se sació con el amor de El Árabe. En tiendas principescas encontró reposo. La admiraron sultanes, rajás, pueblos enteros. Un buen día el príncipe la reconoció, ella reconoció al príncipe. Entre lágrimas y abrazos se supieron padre-hija hasta donde el tiempo y la muerte se los permitiese. Escanciaron el vino dulce de Kayham,² se embriagaron, penetraron en el recinto de Lot.³ Casi para salir, su curiosidad la sedujo a trampa.

Todavía hay quienes acuden al santuario de la mujer de sal.

21

¹ Adjetivo de origen árabe que se refiere a todo aquel que profesa el sufismo, movimiento místico-ascético surgido durante los siglos VIII-IX d.C., en el seno del islam. Difundido aún hoy, sobre todo en Irán e India.

² Alusión al filósofo, matemático y astrólogo medieval, que vivió en Persia durante el siglo V de la Hégira (XI de la era cristiana). Su fama proviene principalmente de una colección de poemas llamada *Robaiyyat*, nombre persa que alude a su estructura: las *Ruba’iyat* (“cuartetas”), como su nombre lo indica, son series de cuatro versos, escritos en la lengua materna del poeta, el farsi. Éstos concentran en los primeros tres una imagen y luego, en el último, un concepto que deriva de ellos. Uno de sus temas recurrentes, por el que lo acusaron de impiedad, es el vino, símbolo del instante de serenidad que permite gozar de placeres fugaces, no por eso menos intensos.

³ Personaje bíblico, sobrino de Abraham. Escapó de la destrucción de Sodoma. De la unión incestuosa con sus hijas nacen Moab, fundador de la estirpe moabita, y Amón, patriarca de los amonitas.

ROMANCE

Abencerraje¹ altivo, siempre fue bienamado por las mujeres. Las quiso a muchas en demasía, hasta cuando conoció a Harifa y la nombró *La Hermosa*. Dedicó sus cuidados sólo a ella en abandono de las demás. Transcurría su vida con placidez, con el sabor dulce de la dicha.

22

Las hijas del abandono extrañaban sus encantos: le organizaron festejo, con vinos, música y aromas. Mientras lo rodeaban entre mimos, suspiros y zalamerías, *La Hermosa* se guardaba con recato, con el aire ausente de quien se sabe la elegida. Y así fuera, de no ser por el mancebo de ébano que se acercó para solicitarla en baile. Como atraída por un magneto lo siguió a la pista, se abandonó en el deslizamiento suave de sus brazos.

La música fue el embrujo. Mejilla contra mejilla el embrujo parecía como posarse en ellos. Y el abencerraje lo comprendió. Se acercó hasta ella por invitarla hacia el retiro, mas ella al abrir los ojos pareció no percatarse de su presencia. Un tajo en el corazón quebró al abencerraje. Contempló a *La Hermosa*, el entorno, a las zalameras. Encaminó sus pasos hacia afuera del recinto. Su imagen se perdió diminuta como tragada por las arenas del desierto. Ni la cerviz volvió, ni la curiosidad, la memoria.

¹Del árabe *ibn* “hijo” y *sarrach* “talabartero”. Representante de una antigua y noble familia árabe que en el reino de Granada, durante el siglo XV, fue protagonista de una guerra civil durante el reinado de Mohammed VIII. Durante el siglo siguiente, un autor anónimo compuso a partir de dichos sucesos la primera novela morisca de la literatura española: *El Abencerraje y la hermosa Jarifa*.

Se habría percatado del desencanto, de la desesperación de *La Hermosa*. En pos de él corrió, entre tumbos, entre el fin. Allí se mantiene a la espera recontando la arena, entre recipientes de cristal, a lo largo de las noches, a lo largo de los días.

UN DESEO

Por la radio escuchaba las hazañas de Babe Ruth.¹ Desde los regaños de su padre, desde el abandono de su madre, desde su mustia infancia, temporada a temporada le crecía la imagen de Babe Ruth. A través de Babe se imaginaba el sueño americano, ideal para su vida. Quiso, entonces, ser la imagen de aquél. Quiso llegar al sitio de su fama.

24

Desde temprana edad dejó las tierras de sus padres, calizas planicies de Yucatán.² En Veracruz³ se detuvo para trabajar por varios años, hasta juntar algún dinero y partir al Distrito Federal. Repitió la historia allí y luego en Monterrey, en Matamoros.⁴ El ciclo llegó a su fin: contaba con los medios para deslizarse hasta Nueva York. En el último sitio fronterizo adquirió los arreos, como cualquier otro aficionado de los Yankees, imaginándose con la fama del mejor profesional.

Diez años habían transcurrido desde su abandono de las calizas planicies de Yucatán. Ignoraba cuánto tardaría hasta su

¹ George Herman Ruth, llamado “Babe”, fue el jugador más famoso de béisbol –del equipo de los Yankees– de la entreguerra.

² Estado de México, situado en el extremo norte de la península homónima, cuya capital es Mérida.

³ Estado del México oriental, situado a lo largo del golfo de México. La capital homónima fue fundada por los españoles alrededor de 1519. Allí, el último virrey fue obligado a firmar, en 1821, el tratado que reconocía la independencia del país de la madre patria.

⁴ La primera, capital de Nuevo León, estado septentrional; la segunda, ciudad situada en el extremo Norte, fronteriza con Texas, Estados Unidos.

destino, pero confiaba en el espíritu de Babe Ruth. Raído el uniforme, la confianza intacta, cierta tarde contempló los ras-
caciélos famosos de la ciudad de hierro, uno de los atardeceres
bellos de su vida entre la bruma de Manhattan. En el recorrer
de sus pasos topó con una procesión, larga, muy larga. Fiel a
los impulsos de su corazón se sumó a la hilera. Con el mismo
gesto silencioso de los otros le cupo dar el adiós al héroe de mil
batallas, al inigualable Babe Ruth.

EL ESPEJO

26

Como todos los días, recibió a su marido con el desconsuelo de saberlo briago. Ésta será la última vez, pensaba; a grandes males, grandes remedios. Lo tomó del brazo, lo condujo hacia una estancia fuera de la casa: *Abora sí* –le dijo– *ahora sí vas a dejar el trago. Vas a mirarte en tu propio espejo si no llegas a dejar el vicio.* Descorrió la cortina. Ante sus ojos la piltrafa de otro, como él, desgraciado, ahíto entre sus heces, a punto del estertor postrero. *¡He ahí tu espejo!*, le recalcó. *Tu espejo, tu espejo*, le retumbaba en las sienes mientras contemplaba la escoria de su similar. Mas su aire ausente, como de asceta y contemplativo, trocó por el de filósofo esperanzado: *El espejo, el espejo* –se dijo–, *claro, claro que el espejo.* Se dirigió a la sala, descolgó la herencia de su madre y alcanzó por ese día para curarse la resaca.

LA NOVIA

Había un hombre, misógino irredento, en amores con joven creyente del séptimo día.¹ Con ocasión de visita de la joven a la ciudad el enamorado la invitó a conocer su departamento y luego de brindarle una copa de jerez intentó la seducción con fortuna escasa. Parada al postigo de la ventana hablaba ella de la virtud, de los nobles frutos de la castidad. El enamorado, entonces, se acercó a la doncella con la certeza de que nada tiene efectividad mayor que la palabra unida a la obra. Tomándola por sobre los hombros, dejándola caer palabras melodiosas, se apoderó de sus tersas manos y colocó entre ellas la furia viva de su virilidad. Sufrió la doncella un pasmo, un súbito terror la desencadenó los ojos, la contrajo el rostro y la privó del habla. Y quieta e inerme como el amante la contemplara, sin poder volverla a la normalidad por más de sacudirla, hablarle, aplicarle compresas de agua sedativa o de infusión de ruda, tuvo por ocurrencia probar la veracidad del acerto *un clavo saca otro clavo* y uniendo la acción al pensamiento colocó por segunda vez la furia viva de su virilidad entre las manos de la doncella, recuperándola a la normalidad y a las prédicas del evangelio.

27

¹Se refiere a la Iglesia Cristiana Adventista del Séptimo Día, así llamada porque practica el reposo durante el séptimo día, además del bautismo de los adultos. Nacida en los Estados Unidos en torno a 1840 en el interior de un movimiento que anunciaba el retorno de Cristo. “Adventista” (del latín *adventus*) hace referencia a la segunda venida de Cristo, anunciada en la Biblia en reiteradas ocasiones; “del Séptimo Día” se refiere al sábado bíblico que, desde la creación, es el séptimo día de la semana.

QUEBRANTO

Los aplausos se lo confirmaban: la danza, su espectáculo, había sido un éxito. El bregar continuo a lo largo de tantos años, su divorcio, doloroso pero ya ahora tan lejano, el desapego casi lacerante de su hija, sacrificio y dedicación tantos veían compensación, y vaya que inmensa, en el reconocimiento de esta noche, en las felicitaciones, en las, con seguridad, notas laudatorias de la prensa el día de mañana.

28 Recubierta en su sudor, mas plena, la conmovió hasta el alma la frase con que la felicitara ese otro artista, como ella, cuya sensibilidad le permitió verla *en el aire, en el suelo y en el cielo*, el tacconeo del prodigo, hombros y manos salutación de la belleza.

Y ahí, ambos, ahora, en el festejo celebratorio con que la compensaba su compañía. La bebida a raudales, frugal la comida como corresponde a bailarines y actores, dispendio en la autoadmiración complaciente de la expresión corporal, de la escenificación de los propios atributos, si bien resguardando el margen para el lucimiento de la *prima donna* de esa noche.

Y cuando ya el hastío y el cansancio obligaron al retiro, he aquí que la exitosa bailarina desbordó su gana de tantos años por verse acunada en los brazos de aquel artista, a quien admiraba por los comentarios de sus amistades más que por el conocimiento de sus obras. Y el artista, que también la admiraba, por los comentarios más que por su conocimiento de la danza, la acompañó hasta el quicio de su casa. Mas cuando ya el encuentro, anhelado y cierto, tocaba las puertas de sus almas, las puertas de sus cuerpos, el artista recordó la cura sobre su prepucio y

lo sucio de su trusa y lo embadurnado de su situación, y no supo de sí sino la fuga, cuando ya la bailarina asomaba al éxito total y al sentido verdadero de su vida.

CARRAQUITAS¹

No sabía con cabalidad la razón pero algo le impulsaba a hurgar entre la sangre. Y si de humana se trataba, más que el vértigo le invadía una delectación extraña, atávica, la reconciliación cabal para consigo mismo. En su madurez lo comprendió: heredaba, de sus antecesores, la vocación por los sacrificios rituales. No heredaba, empero, la legislación de la época, ni el templo, ni los utensilios, ni los pueblos sometidos en los cuales conseguir efebos y doncellas.

30 Vino en auxilio suyo la afluencia de viajeros a su ciudad. Con los viajeros llegaron también las constructoras, bebidas en abundancia, la novedad escalofriante de las mancebías. Y si bien visitó antros, lupanares y garitos, ni el bullicio de los trabajadores, ni el pudor obsecuente de las meretrices rindieron las obsesiones de su mente, las conturbaciones de su corazón. Mas en las ramerías encontró la solución a sus conflictos.

Muy pronto en el lugar comenzó a hablarse de la desaparición de hombres, de muchachas, de niños. La desaparición de niños, al principio, pareció convertirse en plaga, y no cesó por más de la prisión tumultuaria de que fueran objeto un hombre estrañafalario de nombre Acebo y el amigo de él, un rubio hermoso cuando su juventud al que llamaban Halimi, violentados una tarde en que paseaban por los suburbios. A la voz de *¡He ahí a los robachicos!* el gentío los amarró, los condujo a la cárcel y no hubo

¹Diminutivo de “carraca”. En Chiapas se utiliza para indicar la estructura ósea del cráneo.

procurador, masón, familiar ni amigo que lograra su libertad antes de pasado un año.

En el entretanto desaparecieron hombres galanos y mujeres en el albor de su juventud. Pronto aquel descendiente de los sacerdotes, ahora historiador de la ciudad, dio por difundir la versión según la cual las mujeres eran vendidas en la India como concubinas para algún rajá, y los hombres... los hombres... bueno, las nuevas construcciones de puentes, de grandes edificios necesitaban, en sus cimientos, las carraquitas de niños y de hombres, para amacizar y durar al cabo de los años.

EL ESCARABAJO

Ustedes no lo saben, pero es verdad. Nadie discute que sean los mejores en su especialidad. Los descubrimientos, salvamentos, la excavación de ruinas ha visto prestigio y auge gracias a la dedicación de ustedes. Merecen reconocimiento, admiración.

32

Es por todos conocido el *Atlas arqueológico* elaborado por ustedes, un *Atlas* exhaustivo se dice. Y ha de ser. Pero lo que no saben, en verdad, es el secreto de los antepasados. Porque secretos los hay, vaya que los hay. Contaban los abuelos de cierto misterio y cierta tumba en la ladera de aquella cumbre, al oriente de la ciudad. Cuando ciertas noches un fulgor deslumbraba, decían. Y quise saber la razón de aquello.

En los crepúsculos de agosto, luego de beber una pócima preparada por un hierbero, me llené de valor y ascendí la cumbre. Allí me estuve embozado, esperando el fulgor, la manifestación de aquel misterio. En un letargo caí, en una duermevela. Un rumor quedó llegó hasta mí, la advocación para visitar la tumba. Como sonámbulo hasta su costado llegué pero no podía asomar sino por una hendija. Y la curiosidad en mis costillas, empujándome, empujándome. Con las manos trataba de escarbar, mirar en el interior con la ayuda de la luna. Ya la desesperación turbaba mi pensamiento entorpeciendo cualquier actividad. A punto me encontraba de volver por un barreno,¹ de no dejar rastro de la edificación aquella, cuando una voz proveniente de su fondo,

¹ Agujero que se hace con la barrena (instrumento de acero para taladrar o hacer agujeros). También podría significar aquí vanidad, presunción, altanería.

Si quieres conocer extiéndete en la loza, dijo. Lo hice así. Sentí al punto un rayo de luna, atravesándome la espalda como si se tratase de un puñal. Y el rayo, el rayo fue quien me introdujo por la hendidura. Ante mis ojos se descorrió el misterio. Estoy seguro, revolucionará el paradigma de la arqueología. En el fondo, al final, lo más hermoso, un escarabajo miré, un escarabajo de oro.

Se los comento en este congreso, los invito a no tener miedo a la verdad, a conocer la tumba en la ladera de la cumbre. Yo mismo los puedo guiar. Pero deberán apresurarse. Adviene ya la luna llena y con su fulgor en escarabajo de oro me transformaré, en escarabajo de oro.

DE LA PRENSA

Grupo de migrantes aniquiladas.

Una caravana de mariposas proveniente de Guatemala se internó en Chiapas con la intención de alcanzar los Estados Unidos de Norteamérica o las costas del Canadá. A su paso por la montaña de los Altos,¹ la caravana fue apañada por el frío y en número muy grande sus integrantes yacen muertas o agonizantes entre las calles del poblado de Jovel.

¹Chiapas, estado del México sudoriental, se caracteriza por una enorme diversidad geográfica que incluye nueve regiones, entre las que figura la de los altiplanos. El núcleo colonial más importante de esta región, ubicado en su parte central –el Valle de Jovel– es San Cristóbal de las Casas.

OFIDIO

Leve, inaudible, rumor apenas extiéndese el reptar. El territorio señoorea en verde, reverberación intensa el aire, y el sol que calcina los ojos sobre todo. Por sol, por reverberación, por fantasía, de entre la arenisca brota, altiva, hipnótica la excoriación hirsuta de una víbora. Se yergue cabeceando hacia la movilidad nimia, hacia la mayor. Lengua y ojos, su cabeza, la extensión completa de su piel, algo guardan de misterioso y de arcano, una propulsión como para yacer en ella, lo mismo que en regazo de mujer.

La ha visto el hombre, la acecha, luego del primer temblor, de la inamovilidad primera, hierven en su corazón y mente las fantasmagorías creadas en torno del ofidio. Una descarga enhiesta su capilaridad. Y las imágenes de animales deglutidos, y los latigazos de las golpeadoras, y el desangrar terrible ante el veneno. Las piedras del mundo no son sino erupción biliar de las serpientes. Un espasmo le destempla el corazón, en sudor copioso el cuerpo se le desguanza,¹ y la mano, la mano se le entumece en ése su apretar la empuñadura de un machete. Vela entonces zigzagueante hacia sí y su visión trastorna en remolino rojo: la sangre, la sangre de su muerte. De entre el remolino le alcanza la fiereza valiente del terror. Arremete el tajo, con precisión, con filo. Como impulsada desde un arco la cabeza del ofidio vuela para clavar sus colmillos en un árbol, cincuenta metros adelante. Es lo último que el hombre ve. Inmediato al tajo, a su fiel, a su desesperanza, el vaho biliar de la serpiente le alcanzó. Ahí yace todavía, apilado en un dolmen, en un muro.

35

¹Desguanzar: desfallecer, carecer de fuerzas o vigor.

MITO

36

Gracias a su opinión en la asamblea, aunque joven, fue designado guía de la expedición. No durmió esa noche, contemplando la luna, aquietando a su inquisitivo corazón. Largas fueron las jornadas, agotadoras, a través de desiertos y montañas. Murieron los menos aptos y todos hubieran muerto, hasta cuando cierto día se asomaron a un ojo de agua: una quebrada allí, breve una planicie. Edificaron un cabildo, un poblado. Pero agrietaba el frío los cuerpos y las tierras. Fueron tierra abajo siguiendo el curso de las aguas. En feraces vegas¹ se apropiaron del espacio. Crecieron los moradores, la cultura, mas nunca olvidaron el ojo de agua. Año con año lo visitaban con rituales de música y de flores. Un día quisieron el recuento de su hazaña. Visitaron al guía, entonces ya anciano, entonces ya sabio. Cuando pensó en aquello lo vio como parte de un sueño. Dijo: *Vimos un día reptar una serpiente; miraba hacia un lado, hacia el otro; se llegó al ojo de agua y se introdujo allí. Fue como fundamos nuestro pueblo.*

¹Véase nota 1, p. 19.

RITO

Grávida, tormentosa, acariciante, la tierra expande su desnudez. El murmullo plácido del viento contribuye a arraigar su oloración de hembra, de deseo.

Acércase el hombre a una de sus turgencias: una colina de césped recortado, cerezos en flor con su fragancia suave, una canaleta de agua cristalina y de cadencia rauda. Por experimentar la placidez se recostó sobre la colina, acodado el rostro entre la mano. El trino de las aves, el sonido del agua, la embriaguez en flor fueron preámbulo del sueño. En el sueño se contempla, como desintegrándose en la tierra. En la nada de sí, en la fusión con ella le asalta la nostalgia por su figura anterior, el extravío de su ser. En vano. Nada lo recupera al antes, ni el posible volver del sueño. *¡Un milagro, un milagro!*, piensa, y se realiza el milagro. Mas no en cabalidad a su deseo, apenas como memoria en el pecho de sus semejantes. Pues recordando la desintegración de que fuera objeto, domingo a domingo concurren las multitudes a ofrendar y a comer al campo.

EL FOSO

Luego de la prosperidad llegó el agotamiento en las tierras del pueblo, la resequedad en los arroyos. La otrora alegre gente, ejemplo de disipación, de trabajo, de holgorio, comenzó a enjutar; la vegetación en fronda mutó por matorrales agrestes, la fauna abundó en ofidios, los gusanos para el paladar en insectos más bien malignos, magnánimos en su donar malaria. A tanto ascendió la aridez que rostros, pies y tierra agrietaban de manera similar y acelerada.

38 En el yermo que comenzaba a ser el pueblo decidieron sus habitantes perforar la tierra en busca del líquido preciado: racionarían consumo y uso hasta al cabo de generaciones recomponer el equilibrio ambiental. Doquiera por la región grande cantidad de pozos se cavó abundando en socavones mas nada en agua pues ni sudor secretaban los cuerpos enjutos de los trabajadores.

Muchas lunas pasaron antes de alcanzar, al fin, un venero.¹ Verdeceó la esperanza con él, hubo humedad en el ambiente y en los pobladores humera.² Hasta otro día, cuando se iniciara el reparto. Desde su ermita los principales organizaron la procesión: incienso, música y pastoras. Cohetes al aire cuando la procesión, jumiles³ al comal y en la bebida, tamales de zu-

¹ Manantial de agua.

² Borrachera, embriaguez.

³ Del azteca *xomil*, pequeño insecto que los indios comen seco y tostado sobre un disco de terracota (“comal”). Es una especie de chinche voladora, muy abundante en los lagos.

chipal.¹ Las mujeres ornaron con hermosura la boca aljíbar del venero, los principales ofrendaron con aguardiente y tabaco. Y cuando ya comenzaba la repartición al mediodía, la luz del sol hizo notar la innumerable cantidad de serpientes confundidas con el agua. Por la noche bajaron y se reprodujeron en un tris.

La gente había trabajado, había esperanzado y había ofrendado; no podían con su espera más. Decidieron compartir el agua. Y así lo hicieron. Desde entonces la lengua se les dividió, se les escamó la piel, el letargo les envolvió, vaho hipnótico germinó en su entraña y enroscaron unos sobre otros y cada cual sobre su propio cuerpo.

¹El tamal es una masa de maíz con manteca y de cierta consistencia, que se envuelve en hojas de plátano o del mismo maíz para poder ser hervido. Puede contener un relleno vegetal o de carne. “Zuchipal” (de *xochitl*, flor, y *pal*, masa, por lo tanto: tamal de flor) es una masa a base de harina de maíz y de una flor aromática de color amarillento.

LONTANANZA

Por romper con la rutina dejó a sus espaldas la ciudad, la casa de sus padres. Caminaba pensativo a lo largo de la carretera, en aquella hora ayuna de autos, de carretas. No distante en leguas imponía su presencia el volcán, macizo, nebuloso como si yacente en un parto. Por recostar sus nostalgias entre su frío lecho un paso dio y luego otro, hasta al cabo de muchas horas alcanzar la cumbre.

Era ya noche cuando coronó su esfuerzo. El hielo le caló, 40 no a los huesos, a los filos del alma. Y era su alma silenciosa y triste, como el triste y silencioso principio de la vida. A más de silenciosa, de triste la hora de sus cuitas, más profunda que una caverna, similar de desolada en la soledad de sus huesos, de sus muertos, era así la noche, impenetrable en su lobreguez.

¡Oh, si mi alma desbarrancara y yaciera en el abismo —pensó—, *acaso la calma o la pasión...!* Pero cayó en las sombras de su letargo. En los momentos intermitentes de lucidez percibía los brillos de un manto albo,¹ como de encaje y seda, una especie de holanda² encubriendo la provocación y el recato de alguna desnudez.

Fuerte como fuera la tentación, la acarició primero, reclinó sus sienes entre el regazo como en evocación de caricias, de un perdón milenario pero terrenal. El rocío brotó, no supo si de sus ojos o de su entraña, pero límpido y germinal. Tuvo allí la sensación de ser observado por ojos de mujeres bajo la fronda

¹Blanco.

²Lienzo muy fino con el que se hacen camisas, sábanas y otras cosas.

de un naranjo. Dulce el olor, el reflejo de las miradas, como en la hora de la concepción. Después, nada.

Al despuntar el alba tuvo el mundo a sus pies. En el horizonte, lejos, muy lejos, la raya celeste del mar. Entre medio la bruma, y en lo inmediato niños y mujeres, la oloración fragante del humo, corderos allende el valle, la vida en el origen, la vida como germinación.

DESTINO

42

Del mar, emergió del mar rememoraban las consejas a lo largo de las comarcas. Una evocación, ninguna noticia exacta el velo memorioso de su irrupción desde un origen desconocido, accidente desconocido, naufragio desconocido. En tarde de tempestad llegó, de huracán, figura humana de huracán, su calma huracán, huracán su destino. Sus labios una sola clave dejaban escapar cuando con insistencia las inquisiciones en torno a sí: poseer dos apellidos cuyas significaciones fueran Monte el uno, Pradera el otro, cual si su sino se demarcara entre ámbitos agrestes.

Tierra adentro lugareñas buscó, y de su cohabitar con grande número de ellas pobló las feraces, feracísimas llanuras dando existencia a las comarcas memoriosas de sus consejas. De tiempo en tiempo los varones incursionaban en parajes desconocidos por hacerse de mujeres y sangre nueva, a viajeros acogían con festines y les ofrecían los talles de las mujeres locales, sus hermanas, como en memoria de ecos, lejanísimos ecos. Una delicia la llanura acreció, desborde de plantaciones en el muy generoso limo, humo en los fogones, en las brasas los trozos de novillos recién sacrificados, su grasa, su abundancia de alto registro entre los interminables potreros. El misterioso fundador, sin embargo, en su persistencia alimentaria de productos silvestres ya de monte o de pradera, amén de su disfrute de contemplar tamaños verdes, tamaños coloraciones del crepúsculo y las alboradas.

En alguna alborada fue, las consejas conservan notas, una intensidad diferente en la luz le hizo expresar el sentido de la diferencia; un rato al cabo, indiferencia, olvido. Otro rato, en cambio, la lluvia, la tempestad, el huracán, nuevo huracán, nueva tempestad, nueva lluvia, odres los cielos y los firmamentos, cosmos cargados de piedras, arena y grava¹ los ríos, innumerables los ríos doquier, volviendo a su desolación originaria las llanuras, a su primigenio origen montes y praderas.

¹Conjunto de piedras lisas y pequeñas.

LA REVELACIÓN

Yacente en su lecho, rememoraba las hazañas del tiempo apenas inmediato cuando tanta y tanta admiración causara. La audacia había sido su arma principal y el desdén ante la propia vida y la ajena motivo de gloria, mucho más allá de su región. Bien de madrugada, bien avanzada la noche, los golpes sorpresa-
sivos intimidaron primero, fascinaron después tanto a simpatizantes como a enemigos.

44 Su poblado había sido el marco principal de la guerra suya y de sus compañeros. Si bien los pobladores algo conocían de los preparativos nunca los tomaron demasiado en serio y no pudieron domeñar la repulsión, la irascibilidad cuando ya la falange de la muerte se cebó sobre algunos de sus jóvenes gallardos, sobre niños, mujeres o ancianos. De allí la animadversión hacia aque-
llos guerreros, por mucho de la altiva soberbia con que estos se revestían.

Desde las primeras escaramuzas databan muchas lunas. La animadversión trastocaba por tolerancia y la agresividad guerra-
ra por molicie y vanidad. Y a tanto la lasitud que ya con armas o sin ellas, si bien enfundados en sus uniformes, los guerreros se hacían presentes en el templo, recinto en el que no se les deseaba luego de las sarracinas.¹ La vanidad trocó en soberbia y la soberbia en arrogancia.

Yacente en su lecho rememoraba ahora el día aciago cuando con su escolta traspuso los límites de su región. Era una mañana

¹ Pelea confusa y tumultuosa, con heridos y muertos.

cálida, extensa en su placidez. Su escolta, un joven taciturno, había, cuando niño, golpeado su faz en las rocas del río y nunca le desapareció el tinte morado que bien le confería un como antifaz similar al de los mapaches del campo. Se había venido preguntando cómo nunca intuyó la mala suerte encarnada en su escolta, pues más que de mapache era el suyo el rostro de la sombra, o el de la muerte.

Pero no. No en realidad la muerte le acechó sino el portento. Porque aquella mañana, a la vuelta del poblado vecino, adonde acudiera por hacerse de armas nuevas, trayendo en su cinto un alfanje,¹ se detuvo del camino en un hostal por libar vino y otras embriagueces, junto con su escolta, y briago como en verdad saliera no reparó en el reparo de su cabalgadura y no tuvo conciencia de sí sino en su reciente vuelta al sentido, momento en el que se vio rodeado de sus guerreros, de sus familiares, del curandero más prestigiado.

45

Recordaba ahora cómo cuando el túnel de su inconciencia una como luz le reverberó, una revelación, el anuncio del futuro prometedor, magnánimo, al frente de sus guerreros. Tocó su frente por ver si en haces de luz la revelación desbordaba. Y ya pleno de sí en el lecho se incorporó para arengar a sus guerreros y desentrañarles el futuro. Y hasta ese momento el alfanje en sus entrañas sintió, cuando desde su hieratismo² los guerreros una sonrisa embozaran y sus cervices inclinaran ante la doncella en cuyas manos límpida una copa trasluciera los genitales que el yacente perdiera el día aciago de su solaz.

¹Sable corto y corvo, con filo de un lado solamente, salvo en la punta, afilada por los dos.

²Afectado por una extrema solemnidad.

VIAJAR, VIAJAR...

Especio tenía por nombre y era, por su natural, viajero. Al principio, de un pueblo a otro caminaba a lo largo de días, de semanas. Asombraba ante los vientos de distinta consistencia, ante la vegetación, las aves y las gentes. Con el tiempo ocupó la belleza de bestias mulares y le cupo en su larga vida la sofisticación de barcos y de aviones. ¡Viajar, viajar... he ahí la dicha!

46

Acostumbró su vida a la diversidad. Doquiera su ruta la sonoridad de lenguas desconocidas le invitaba a sumergirse en ellas con la pasión del buzo en un mar desconocido y nuevo. En las lenguas extranjeras descubría con mayor intensidad su naturaleza de viajero. Y es que de una a otra transitaba con la facilidad otrora significativa de las embarcaciones fenicias. Quinientos remeros en su oído le avivaban los sonidos, quinientos más, apostados en su lengua, deslizaban ambrosía, el tintineo delicado de la pronunciación.

Pero si fecundos florecían sus viajes, pero si alimentaba su alma con la escucha y la conversación de hasta en las setecientas lenguas que le fueran conocidas para entonces, algo conturbaba su corazón y le ensombrecía el pecho: el constatar tan grande incomprendición no ya entre habitantes separados por las fronteras de la lengua, pero principalmente entre hablantes de la misma. ¿Dónde se esconde el decir, y la gana de decir, y la gana de entender?

Desde la cumbre de inmenso acantilado contempla el mar, medita. No la creación de una y única lengua la incomprendición resuelve; no siquiera unívoco el significado en la palabra. La

amplitud del corazón del hombre quizás, la grandeza de su alma. Mas he aquí que Especio desespera. Una gaviota, un pelícano, un albatros, ante su vista en la inmensidad se mecen. Mece en el pecho de Especio un dejo de nostalgia por aquella inmensidad. ¡Caberla en sí!

Y ya de pie en el vértice de aquel cantil,¹ las manos extensas, inflamado el pecho, creciendo al viento su hermosa melena en oro, se quiere estrella, ave o coral. Llama ardiente es el abismo y le llama. Hacia él le empuja su voluntad. ¡Ya va, ya vuela, ya se desploma! Mas ha arreciado el viento, sonoro surca el rumor del mar. Ensordece no sólo al oído, al alma. En el abismo de tamaña confusión, Especio es llanto, desgarramiento, soledad.

¹Borde de un despeñadero.

VOLUNTAD

Luego de escuchar versos, canciones, hazañas y leyendas, se dio a la mar. Era de madrugada, la aurora un tumbo, el sueño veleidoso de una mujer. En el apenas despertar del día la vela de su embarcación semejaba caricia al viento, un como resabio de vanidad y de coquetería.

Había escuchado las historias de héroes perseguidos por fantasmas, por furias, por beldades de irresistible encanto.

48 Ante la soledad pasmosa, la claridad torrente y el Leviatán nocturno,¹ hubo sobrecogimiento y el pasmo propio de los perseguidos. Mas su corazón no era débil ni proclive a la flaqueza. Entonces quiso figurar entre los héroes como el de recia voluntad. Con la imaginación dio por construir un castillo de imágenes, de sueños, como sortilegio o filtro ante cualquier fantasma. Se libraba del espanto. Lo creyó así, con la profundidad de un abismo.

Al abismo lo lanzaron las Erinias² ofendidas por su obsti-

¹Enorme monstruo marino devorador de hombres, mencionado en el Antiguo Testamento como enemigo de Dios. En el Libro de Job (cap. 41) se da de él una descripción aterrizante y (en 18-21) se asegura que: “Sus estornudos lanzan destellos de luz; sus ojos son como los párpados del alba. De su boca salen llamaradas; escapan chispas de fuego. De sus narices sale humo, como de olla que hierve al fuego. Su aliento enciende los carbones, y de su boca salen llamaradas”.

²Erineas o Euménides, diosas de la venganza. Hijas de la Tierra y de la Noche, castigan las injusticias humanas. Sus nombres son: Alecto, Megera y Tisifone.

nación, por sus sueños, por la vela de su nave, vanidosa mujer trofeo de esperanza.

Cuando tiempo después conquistaran la mar los submarinos los buzos asombraron ante la belleza de estrellas, esponjas, cardúmenes, litospermas y bancos de coral. Asombro mayor tuvieron, sin embargo, cuando los descubrieron concatenados, en espiral, emergiendo desde una calavera como los sueños voluntariosos de aquel héroe y de su soledad.

INICIACIÓN

Cuando el despunte de su adolescencia, debió pasar por los ritos de iniciación. Tres meses en distancia de todo, recluido en las fortificaciones del templo, bajo el cuidado y guía de los nobles sacerdotes, recluidos también, abstinentes de mujer y de contacto con el mundo. Su núbil cuerpo hermoso supo de las razones de la continencia femenina de los sacerdotes y de los múltiples secretos de la concupiscencia.

Concluida su guarda en el recinto fue conducido al tabernáculo,¹ recubierto con un noble efod,² al centro de las miradas de la colectividad. Más que una circuncisión, de tajo le sería reducido el vireo, en función de su aptitud a la voluptuosidad. Desde los confines de su religión, los miembros de su pueblo rememoraban lo portentosa y desproporcionada que les fuera su virilidad y cómo, bajo su amparo, en las primigenias celebraciones descoyuntaran y yacentes en la agonía dejaron a la totalidad de sus mujeres, poniendo en entredicho la posibilidad de su reproducción. Luego de una histórica expedición compensatoria legislaron la iniciación no fuera que sacrificaran también a sus nuevas concubinas.

El día de su ritual fulgía en esplendor el cielo, engalanadas las doncellas develaban la sabrosura sensual de sus cetrinas

¹Lugar donde los hebreos tenían colocada el arca del Testamento.

²Vestidura de lino fino, corta y sin mangas, más o menos lujosa, que se ponen los sacerdotes del judaísmo sobre todas las otras y que les cubre especialmente las espaldas.

epidermis, los danzantes, el tamborileo, el somonte¹ feraz de la pradera, envolvíanle más que en un aura de piedad, de turbación, de azoro. Y como Azoro, el argonauta,² en un como navío se anheló, al medio de la mar embravecida.

No vanos le fueron pensamiento ni deseo. Al momento de la concentración en el recinto, al tiempo en que el sacerdote principal iniciaba el tajo, al instante mismo del arrebato de su emoción más alto, un sordo tronido en el ambiente, un temblor intenso, cuarteaduras en las naves del templo hicieron pensar en la manifestación de lo divino. Uno tras otro prosternaron su faz ante el portento y, después, solemnes salieron hacia la plaza. Observaron, entonces, por vez primera en su existencia, un cañonero pirata, el desembarco de su tripulación y el inmediato navegar suyo a la desgracia como remeros entre grilletes.

¹Terreno situado en la falda de una montaña.

²En la mitología griega, los argonautas –marineros de Argos–, zarparon de Yolco en busca del vellocino de oro. Construida por Argo, hijo de Frixo, de quien toma el nombre, la nave contaba con cincuenta remos y tenía el don de la palabra y la profecía por haber sido construida con madera de roble procedente del oráculo de Dódonia.

EL DESCUBRIMIENTO

52

El Maestro, el virtuoso del piano entre los contemporáneos de cierta nombradía, había en su juventud sido amigo de la aventura y novedad. Fue a lo largo de su periplo por los cinco continentes en los medios de transporte más extraños que tuvo su encuentro con el sexo y la pornografía. Quedó fascinado con las revistas y películas de exclusividad y nació al gusto por la literatura erótica particularmente la de la era victoriana. Grande vida ejemplar, el Caballero de Seignalt le surgió en su interior el verdadero sentido de su vida: superarlo en el arte y calidad de los encuentros amorosos.

El Maestro también había pasado por la experiencia imponderable del universo clásico y vivía el esfuerzo de conocer todas las obras en lecturas tanto horizontales cuanto verticales. Con suficiente talento para crear romanças, polonesas, schersos y canciones de reconocida calidad guardó la suficiente modestia de reconocer que el mundo de la música era vasto, asombroso, antes de incurrir en la “falacia vanguardista”, como llamaba al movimiento en boga. En el *jazz* sí encontró una expresión de su personalidad oprimida y marginal. Sólo de Casanova se sintió tan cercano entonces como de Duque Ellington y de Oscar Peterson. Ensayó el *sax*, la batería, los paseos al mar y volvió rejuvenecido, vital, a enfrentar la estructura cromática de su piano de cola. La llama de la pasión latía en él.

Cierta tarde en que, movido por la inspiración, levantara la tapa de su piano de cola, se quitara los zapatos, se introdujera en él, combinara las partituras y, con distintos instrumentos se diera a tocar las cuerdas en un ejercicio de música aleatoria, alcanzó la iluminación cenital: pensando en la música aleatoria tomó una mujer, la desnudó, combinó distintas posiciones y se introdujo en ella. Legó a la humanidad, entonces, el *alleatorius cunnillinguus* o forma 366 del *cunnillinguus*: una especie de sexo oral pero realizado no sobre el cuerpo de la mujer sino desde dentro de ella. La cofradía de devotos que siempre, ávidos de sus enseñanzas, le acompañaba guarda el memorial de repetir la jaculatoria: *Anunciamos tu hazaña y proclamamos tu preservación, ven orgasmo ven.*

EL MAESTRO

No le fue posible especializarse. Los dulces requiebros de una mujercita pudorosa lo apresuraron a asegurarla como a la futura madre de sus hijos. No escatimó en festejo, en lucimiento, en viaje, si bien a la par de la vuelta a lo cotidiano venía a percatarse de sus carencias actuales y de su endeudamiento.

Cuando le enviaron a la sierra no le fue difícil imaginar una vida de esfuerzo, con sus educandos claro, pero sobre todo para labrarse un futuro promisorio si tan sólo aguzase la astucia ante las necesidades y los bienes del poblado.

54

Fuente de ingenuidad la juventud poco se percató, el mentor, de lo violenta y atrabiliaria que es la vida. Al furor de su sangre, escaso dique podía significarle el triste dejó de su alma ante el recuerdo de su mujer, la pudorosa. Menos todavía cuando en las largas, largas noches no electrificadas del pueblo en el trópico le asaltaba, mayor que el chaquiste¹ y los mosquitos, mayor que la calcinación de la malaria, la agitación de la luxuria, una atracción patibularia por la fogosidad morena de las mocitas del poblado.

Y una morena fue, adolescente y sabia en las virtudes de la carne, quien inquietó primero su vida, después el respirar agitado de sus noches, y cierto mediodía, cuando el sol reverberaba en aquella piel, sus senos, sus cabellos, su secreto jardín obraron como fruto de un edén en pos del cual habría de perder conciencia y memoria y calma.

¹ Insecto pequeño, crepuscular y muy voraz, propio de los climas tropicales. Especie de mosca diminuta, cuya picadura produce peculiar irritación de la epidermis. Abundantísimo en todo el sudeste mexicano.

Grande gusto de vivir con la adolescente sabia y con el hijo de ambos, a esas alturas un indizuelo achispado y granuja. De la esposa pudorosa no quedaba sino algún recuerdo de tarde en tarde; de la antigua pretensión de bonanza ni sombra, pues que en el pueblo se holgaba y harto solaz había domeñando los arrestos de un hermoso rocín. La vida transcurría grata y el horizonte suave. De no ser por la llegada de la pudorosa y su furia devastadora; de no ser por esa tarde en que arrojó a la adolescente sabia, a su hijo, sus escasas pertenencias y sus flujos; de no ser por su soberana voluntad, una voluntad que le condujo a la permanencia en el poblado, junto al marido, arremetida entre su lecho, entre sus piernas, entre el furor inextinguible de su árida y pavorosa esterilidad.

LA NOCHE

En la taberna todo era holgorio y algazara. El dominó, el cubilete, el humo, bullicio tanto hace combinación con la botana¹ espléndida en las mesas: milanesas gigantes, mojarras, patitas de cerdo en vinagre, sopa de ajo...

56

El hombre desde su mesa departe con sus compañeros. Regusto interno le colma mientras acaricia su barba crecida, no exenta de canas en abundancia. Cierta sensación de diferencia le invade, el saberse con características particulares, superiores a las de los demás. Goza complacido el reconocimiento que le es brindado, las muestras de deferencia. Esa tarde en particular la euforia aposenta en él, el espíritu del vino como parte sustancial de su propio espíritu. Piensa en la belleza de su hija, en sus piernas extensas, blancas, bien hechas.

El transcurso hacia su casa tonifica pues que el torrente arrecia. Doquier la corriente, el cierzo.² Y mientras el hombre va, en el filo de la noche, escampa. Huecos de claridad entre las nubes, las estrellas paulatinas, las luciérnagas, ámbito sereno, dilatado. Sereno también el hombre, acaso con un dejo de nostalgia.

Éntrase en su casa y la contempla, ordenada y limpia, a la luz del candil. Al hogar la ebullición reconfortante de aromáticas bebidas. Y su hija, su hija entregada a la actividad, a la gracia, a la delicia. A la mesa los dos invaden la soledad con sus susurros, delicados y sonoros. Lo demás es noche, cayendo,

¹ Aperitivo; aquello que sirve para abrir el apetito.

² Viento septentrional.

callando. Párase la mujer y del candil al reflejo la sombra se proyecta: espigada y grácil, un corto vestido en vuelos, de algodón y encaje. Reclina su rostro sobre la sien del padre. Apenas como si aroma le recorre la sensación. Toma al padre de la mano y le conduce al lecho. Le recuesta en él, le cubre. Con la naturalidad de una virgen deja caer sus ropas al pie de su desnudez y se interna en el cuerpo del hombre. Paulatino se consume el quinqué,¹ mientras la noche afuera cayendo, callando.

¹Lámpara de mesa alimentada con petróleo y provista de un tubo de cristal que resguarda la llama.

EL BARDO

Luis Arturo, entonces, se dirigió a Darío con desdén.¹ *En Dresden sí que genios los hay, poetas de estatura, pero Darío, ¿Darío?, ¡puaj! –se dijo–, ¡facilismo y miel!*

58

Dirigió sus pasos hacia la facultad. Serían aquellos los últimos días de su carrera y con afán nunca anterior acudía, no tanto ya por abreviar conocimiento cuanto por reavivar esa pasión devoradora recientemente advenida hacia Julia. ¿Cómo no se conocieron con anterioridad? Cinco años de cruzarse casi a diario y no sería sino al final, al tiempo de la despedida, cuando vinieran a encontrarse.

El torbellino cobró su asiento en ambos, se supieron el uno para el otro. Y sin embargo Julia, la bella Julia un par de meses atrás había contraído matrimonio, con un, como ella, también bello adonis a quien luego de la irrupción de Luis Arturo no podía mirar sino como a un pobre mentecato.

¹Rubén Darío, pseudónimo de Félix Rubén García Sarmiento, poeta nicaragüense (1867-1916). En 1888 publica *Azul...*, antología de poesía y prosa lírica que lo convirtió en el mayor exponente, promotor y maestro del primer movimiento hispanoamericano: el Modernismo. Entre sus numerosísimas obras recordamos: *Prosas profanas y otros poemas* (1896) y *Canto de vida y esperanza* (1905). Generó una notable renovación estilística y métrica que tuvo profundos ecos a lo largo y ancho de todo el subcontinente. La llevó a cabo a través de una adaptación del alejandrino francés, la aplicación de recursos y formas propios de la poesía simbolista, nuevas combinaciones rítmicas, un copioso uso de asonancias, disonancias, rimas internas, así como también gracias a una adjetivación rebuscada y profusas evocaciones de la mitología clásica y el mundo oriental.

Mentecato o no, la factura matrimonial pesaba sobre la vida de la bella Julia. No podía imaginarse en el escándalo del divorcio ni en el amantazgo con el haz¹ de su vida. Las lágrimas quemaban sus mejillas, el fuego sus entrañas y la erosión sus manos mientras le eran estrujadas entre las manos poderosas y cálidas de su pelirrojo nuevo amado.

Fue la última vez en que se vieron. Ni la desesperación de Luis Arturo, ni la ínsula amarga que se le instaló en el pecho doblegaron en Julia la prisión de sus convencionalidades. Un beso como despedida dio a su amado, y compungida, furtiva marchó al convento de su futura vida familiar.

El poeta, entonces, pues tal se consideraba Luis Arturo, deambuló por vericuetos hasta alcanzar el ascensor de su departamento. Se entró en él y apuró el acíbar² a la par de su delectante brandi. En la penumbra de su estancia contempló el volumen de Darío. Con inercia lo tomó y lo abrió como por acaso. Nuevo acíbar para sí tan sólo de leer:

59

...*La luz tuvieron tus ojos, Julia*
 ...
La negra, que es más luz que la luz blanca
Del sol, y las azules de los cielos.
 ...
Luz que el más rojo resplandor arranca
*Al diamante terrible de los celos.*³

¹Conjunto de partículas o rayos luminosos de un mismo origen, que se propagan sin dispersión. También: cara o rostro.

²Amargura, sinsabor, disgusto.

³Extracto de la poesía “Alaba los ojos negros de Julia”, perteneciente a *Prosas profanas y otros poemas* (1896).

DELOS

Pretendía Delia deglutiirlo todo.¹ Doquiera caminaba, consigo un tecomate² de agua, sin imaginar que años adelante sería industrializado su pequeño vicio en empaques³ desechables.

Luego de una juventud abundante en bailes, en socorridos escarceos, un golpe súbito de hastío la decidió a abandonarlo todo y recluirse en un convento. Encontró la paz en la práctica de su vocación contemplativa. Hasta cuando los tiempos, las variables de la teología la obligaron a un práctica conventual pero fuera del convento.

60 Pronto se acostumbró al activismo entre los pobres. *Si de servirle a Dios se trata qué importa volver a los avatares*, se dijo. ¡Y vaya que avatares tuvo! Porque pobres y embozados y humildes

¹Nombre de origen griego, cuyo significado primigenio es “originario de la isla de Delos”, una de las más pequeñas de las Cícladas, en el Egeo. Según la leyenda, emergió agarrada por el tridente de Poseidón, pero fue una isla flotante hasta que Zeus la ató con cadenas al fondo del mar, para convertirla en un lugar seguro para Letona que, perseguida por los celos de Hera, dio a luz allí a Apolo y Artemisa. De aquí, los dos epítetos –Delio y Delia–, referidos a los dos dioses. Luego de Artemisa, la *Delia* más famosa –en el contexto del mundo latino– es la mujer a la que canta Tibulo en los primeros dos libros de elegías del *Corpus tibullianum*. Algunos de los trazos distintivos de la Delia tibulliana están presentes también en el personaje homónimo del presente texto.

²Del azteca *tecomatl*, vasija de barro. Vasija ordinaria de barro en forma de jícara o, en la región del sudeste mexicano, hecha del epicarpio de ciertos frutos, usada para beber de él.

³Envases.

pero no dejaban los feligreses de admirar las turgencias de Delia debajo de aquel vestido, mitad hábito, mitad moda, un cuerpo sinuoso y sugerente. Sus labios, también, a la hora de beber, como queriendo deglutar todo el deseo.

El cilicio la ayudó algún tiempo pero el trópico sitió su plaza. Cierta noche de desvelos un catecúmeno se le acercó: charlaron largamente y permitió caricias sobre su brazo. Otra tarde, en la casa curial, en sitio donde sucede tanto, pudo el catecúmeno breves escarceos sobre sus agitados senos. Entonces Delia emprendió la fuga. En un poblado para el solaz, donde florecía una misión similar a la suya, pidió refugio para llevar a cabo un retiro.

Por esas tentaciones del diablo que luego uno cree designios, estuvo el catecúmeno en el lugar.

61

La tarde de aquel día caminó Delia al cementerio. El catecúmeno la siguió, como si convocado por el maleficio de una peste, como por los vahos de la perdición.

Al calce de una tumba, en la colina de aquel cementerio extendió el brazo Delia por señalar el horizonte, anchuroso, tibio y perfumado. En su detrás el catecúmeno. Extendió los brazos también, para ceñirle pechos y cintura. Un relámpago el cielo surcó, un desborde de lluvia. Y junto con la lluvia también cayó la resistencia de Delia, la última de sus prendas.

Sobre aquella tumba donde dos cuerpos se abrieron al deseo, la sonrisa de un ángel embelleció, se embellecieron firmamento y mármol.

LA ERA

Escuchabas el viento, y la risa, y la soledad. Cerca en el frente, cerca detrás, dos ríos circundaban la comarca en donde los relatos, las historias revestían importancia tanta, o más, como la cosecha de trigo. ¿Recuerdas tus dudas de si sumergirte entre la mies, de si sumergirte entre los contadores de historias y decires? Te asediaba la nostalgia, lo mismo en el trabajo que yacente en el almiar.¹

62 Quién sabe qué pesares te laceraban el alma: un día erabas² la localidad, otro día desdormías la resaca en tu alquería,³ entre robustas mujeres disolutas disolvías tus aprestos, luego en cometítones,⁴ en embriaguez, simbolizabas la insaciabilidad; cabía la comarca en ti. Pero nunca vivió tanto y tan a fondo la comarca como cuando de entre la penumbra de sus vidas sacaste a Filogonio, a Esteban y a Pioquinto y como a mapula⁵ diste brillo: violinista el uno, guitarrero el otro, tocador de flauta el tercero. Y aquello era como una era para la trilla⁶ del corazón.

Semejante época de lucimiento ocurre sólo una vez. Desde los pueblos vecinos llegaban como bacantes, como vestales,

¹ Pajar al descubierto, con un palo largo en el centro, alrededor del cual se va apretando la mies, la paja o el hieno.

² Destruir, asolar. Dejar yerma una tierra, una ciudad, etc.

³ Casa de labor, con finca agrícola. También: caserío.

⁴ Vulgarismo por *comilitona* o comilona.

⁵ Piedra preciosa, cuya mina se encuentra ubicada en los alrededores de Popayán, Nueva Granada.

⁶ Dejar a alguien maltrecho.

como pastoras para la danza las más hermosas mujeres que holllaran nunca nuestros trigales con sus ligeros pies. En competencia con la dorada mies sus cabellos al aire y los requiebros de sus cuerpos. Entonces se formó la imagen de la felicidad. Todos la ansiaban, como las bacantes a Filogonio, Esteban a las bacantes, Pioquinto a la embriaguez, y al final en ti, en tu alquería la refocilación.

Luego de tu extravío, la danza, el relato, el trigo crecieron en lucimiento, en fama. Ya la comarca no cuidaba del trabajo como de la música, de la embriaguez. Desde los rincones apartados la concurrencia semejaba a las romerías tras un dios idólico y lujurioso; crecía como en el adolescente el deseo.

Cuando has vuelto me preguntas por esos años, como si pudieramos volver a esos años. Desde la nostalgia de tu alma en algún recoveco surge la imagen de la más hermosa rubia por la que todos enloquecieron, y tu alquería, y tú, como si trastornados por algún bebedizo. Es tarde ya, ha pasado. Déjala fulgir, o estar, o desmedrarse. Lo mismo que la comarca y Filogonio y las bacantes, yace muerta y abrojada y olvidada.

DESЛИCES

64

¡Eres hermosa, muy hermosa, tan hermosa como tu lugar de origen!, dijo el hombre a su mujer, aquella mujer florentina a quien años atrás había desposado. En ese entonces holgaba ante sí un futuro promisorio merced al cual encandiló a la dama, a muchas otras de la buena sociedad y a algunas honorables señoritas con quienes degustaba manjares y prolongadas sobremesas. Sin percatarse bien a bien del porqué una mala racha con las cartas le dejó misérísmo y huérfano de familia y amistades. Contempló el panorama ante sí, desolado, mustio, como las mustias y enfermas aguas de su natal Venecia. Nada por hacer, sino la muerte. Pero era joven y con ambición y con mujer hermosa. Acaso Dios se apiadara de él.

Tomó consigo a su mujer, le dijo: *Allende el mar existe un país maravilloso y rico. Casinos hay allí, disipación, dinero. Hermosa como eres tú permitirás nuestro ingreso en él, la posibilidad de allegarnos al bienestar, de dejar atrás miseria y maledicencia. Mas nunca diremos que eres mi mujer sino mi hermana, pues la liberalidad es preciada virtud en aquel dominio.*

Como entrasen, entonces, al país de sus anhelos se percataron los moradores de lo hermosa que fuese la mujer aquella. Lo comentaron las gacetas y los periódicos luego, y las revistas especializadas sobre el mundo y el espectáculo. Como si fuese vestal transitaba los casinos, los centros nocturnos.

Cierta noche un productor de cine llevó a la mujer consigo, le prometió fama, fortuna, la rendida admiración de devotos en cantidad inmensurable. El primero era él, cuyo corazón se debatía, a causa de ella, entre la desdicha y la alegría. La quedó consigo

en su casa y la cubrió de joyas, de perfumes, de la satisfacción cabal de sus caprichos. Al que ella nombrara su hermano colmó el hombre de regalos, una quinta y unos veleros y caballos en el hipódromo y putas en a cual más burdel. La dicha, entonces.

Un flagelo, sin embargo, cayó sobre la vida del productor. De erupciones se le llenó el cuerpo, de pesticidad, de como putrefacción la linfa.

Llamó el productor al marido de la mujer; le dijo: *¿Qué es esto que me has hecho y has hecho de mí? ¿Por qué no me dijiste que era ella tu mujer? Sus flujos han tornado como malaria, como los torrentales fétidos de tu ciudad. ¿Por qué permitiste que se convirtiera en mi mujer, siéndola tuya y de tus putañerías? Pero he aquí que beberás mi semilla y marcharás, en tu velero o en la zancada de tus cáarceles. Ni el polvo quedará de ti, ni la memoria.* E hizo el productor como le hubo anunciado, y recogiendo durante varios días la semilla de sí se la urgió como pócima al desdichado y luego unos hombres lo sacaron de la ciudad, a él, a su mujer y a sus corceles.

SANTUARIO

Existe en la encrucijada de la región un nudo montañoso y en su elevación principal una villa, habitada por labriegos y artesanos. Merced a esfuerzo no escaso sustrajeron de la entraña desértica magueyales¹ en abundancia y al cabo de dos y tres generaciones, olivares y datileras en pequeños bosques a los que agregaron pozos y lagunas de original artificio.

66

La celebridad de la villa nació junto al agave, creció con la delicadeza de su aceite y afincó allende las fronteras merced a un santuario de milagrería, de adivinación y cura, fundado por un peregrino procedente del mar lejano. Era alimentación del peregrino el pescado seco, aceitunas desleídas,² frutos fibrosos y silvestres y pan de ceniza. Ascética su figura, enteca, expelía un atractivo de difícil explicación en pos del cual concurrieron curiosos desde todos los puntos cardinales. Pero los curiosos devinieron conversos y a cual más apóstoles del nuevo culto, un culto esotérico, de preceptos muy precisos aunque también secretos, con lo cual moviéronse multitudes.

Pronto el santuario abundó en mercaderías. A la celebridad

¹Sembradío de magueyes, nombre genérico que desde México a Venezuela se le da a los agaves. Se conocen cerca de doscientas especies de magueyes. Una parte de ellos se cultiva especialmente para la fabricación de bebidas fermentadas, como el sotol (norte de México), el tequila y el mezcal (occidente y centro), y el pulque de la altiplanicie central. La planta es propia de las tierras altas y secas. Los antiguos mexicanos usaban sus hojas para hacer el papiro de sus manuscritos.

²Disolver y desunir las partes de algunos cuerpos por medio de un líquido.

productiva de sus moradores sumó fama no menor la sedería, gastronomía, filigrana de curiosidades a cual más para el asombro, y en escala no menor los antros de liviandad, los monumentos a la lujuria.

En uno de los olivares a la ruta del peregrinaje cobró forma un recinto para el descanso. Habitábanlo mujeres de diferente extracción y origen y habían como signo de distinción el servicio a los andantes, el alivio de sus fatigas, el consuelo de sus penas. Cumplían con devoción su encargo, y fama fue que en treinta lustros, o más, parte de la milagrería atribuida al santuario emanaba de las manos de aquellas mujeres prodigiosas.

Cuando el tiempo de este relato proseguía la tradición, el bienestar en aquel recinto. Si bien la laxitud de la época imprimió su impronta. Contaba el peregrino cómo durante su paso fue testigo de maravillas y de asombros. Mas, ¡ay!, también le cupo observar el fin, una diáspora inesperada y repentina. Una mujer salió de allí para unirse en nupcias con un embajador acaudalado; tres doncellas para clausurarse en algún monasterio, renunciando a conocer el cuerpo y los secretos de varón alguno; veinte doncellas más, las vestimentas al aire, alegres y sabias, hacia su novísima vocación: la de rameras.

LA CASTALIA¹

En la espaciosa llanura existió una hacienda y en la hacienda una quinta con su galana fuente. Durante lustros solazaba la buena sociedad en la castalia fuente, emulando en pequeño la diletancia de los balnearios venecianos y de sus veraneantes.

68

Desde temprana edad acudió con sus amigos y nadaban allí de manera inagotable, interrumpidos solamente en su algazara por el silbo, por el vuelo o el poso de las garzas, por la soberbia estampa de algún soberbio cebú. Y sin embargo cuando ese tiempo ya el tiempo desmoronaba a la castalia. A fuer de humedad y de abandono, a fuer de los cambios en la vida no escasas cuarteaduras nervaban paredes, muros y empedrados; el enmhecido olor del abandono ascendía como el vaho denso de maligna enfermedad.

Con el ajetreo de su vida no más se volvió a acordar de la llanura, ni de la quinta ni de la fuente. Otros derroteros le nimbaron, latitudes asombrosas todas en su diversidad, el atractivo también para sí de ser veraneante en sitios donde la moda ofrecía el talle delicado de algunas mujeres, la delicia al tacto de senos aún en formación, la abundante obscenidad de especímenes desproporcionados o con celulitis.

Todo en la vida es vuelta, como cuando la mano vaga, en la

¹En la mitología clásica, nombre de una fuente sagrada dedicada a Apolo y las Musas, situada al pie del monte Parnaso, cerca del santuario de Delfos. En ella, los peregrinos y la Pitia —o Pitonisa— se purificaban antes de recibir el oráculo.

intimidad, bajo la seda. En las yemas la humedad aviva trancos¹ en ojos y en lujuria, un redivivo escozor, una golosidad como promesa. Así ocurrió en su postrera visita a la castalia. ¿A cuántos años de su juventud?

Llamó su atención la alzada de tres cruces sobre cantera, bugambilias a la entrada de la quinta, un orden nuevo en las cosas, una dedicación febril a la actividad. De la alberca nada, de la quinta nada. Un lechón al horno le fue ofrecido en venta. Peso a peso lo pagó experimentando un desasosiego creciente al ritmo de cada moneda, un desasosiego rayano en la náusea, como la provocada por la grasa del puerco en su paso por la garganta. Tal el desfondamiento de su imaginación.

Al despedirse de la castalia un velo de saudade² le cubrió, como a su vida, un súbito temblor: las cruces le retenían. A su costado se colocó. Pulsó el tambor de su pistola. La ascendió sobre la sien. En la espaciosa llanura, a la entrada de la quinta, un túmulo de cantera coronado por cuatro cruces, recuerda la similar historia de cuatro dolientes de la evocación.

¹ Pasos largos.

² Soledad, nostalgia, añoranza.

EL HÉROE

Cabalgaba sobre su corcel impar, educado a la usanza andaluza. Se solazaba en ése su corcel por experimentar, como si unidad en ambos, la celebridad de los centauros recorriérale de médula a pelambre. Para la hazaña había crecido, para la hazaña fue educado, y tal creía en su haber un número considerable de ellas, siempre a la par de su indomable bruto.

70

Mas he aquí que ahora cabalgaba la vereda solitaria. Con anterioridad había recorrido el trecho por el gusto de su fresco, fronda varia cabe su vera,¹ chozas de labriegos de entre cuyas hendiñas se elevaba el humo tal si ofrendasen trigo en sus fogones, espinazos de borregos, la salud delicuescente² de crujientes codornices.

La mañana de hoy, en cambio, resentía un panorama diferente: exceso en la quietud, polvosidad, un calor sofocante y denso. Para colmo su espíritu, sombrío desde la víspera, habíale acuciado a abandonar el villorrio de su visita, apenas por la madrugada. Y allí ahora, sintiéndose como desertor, por una vez cobarde en su existencia.

Yendo en un trote avizora tropel en lontananza. Piensa en sus enemigos, en las dagas de sus enemigos entrándose en sus carnes. Temblor, sudor, la muerte. *¡La muerte —se confiesa— es lo único peor!* Entonces experimenta la paz. Pasan frente a él los

¹De *cabo*, orilla, borde, “cabe” es una preposición de uso infrecuente que significa “cerca de”, “junto a”.

²Sin vigor, inconsistente, decadente.

jinete y reconociéndole apenas le aseguran su lealtad y cómo el señor del pueblo vecino les ha enviado por resguardarlo de una celada de la que tuviera conocimiento.

Cae la tarde cuando llegan a la villa. Bien trazada, sólida en sus edificaciones es apreciable en ella la laboriosidad de sus moradores, el justo ordenamiento de sus gobernantes. Desprovisto el héroe de temor, abre sus ojos prestos a la maravilla. Y la maravilla le asoma. Ha visto en la cornisa de la casa señorial el deslizamiento de un vestido. Y como al descuido en ella, y como al descuido en él, la precisión perfecta de unas piernas y el contorno de unas bragas en seda. Recorre su cuerpo la certeza de perdurabilidad de la imagen a lo largo de su vida.

Lleva la emoción al trasponer la estancia. En la maravilla del instante sólo la mujer se encuentra en casa. Contempla su esbeltez, su figura, con cierto desasosiego el aplanamiento de su frente, precariedad en sus dientes y los ojos bizcos. Sonríe la sonrisa del deseo y no sabe el héroe si es sonrisa para él, si para alguien en la distancia. Un copón de vino le acerca, una jofaina para la limpia de sus manos y para el fresco de su sien. Pasan a la siguiente estancia, a resguardo de cualquier mirada. Repégala el héroe a la pared, la besa; sus manos recorren torso y muslos, hasta los frisos de las bragas. Mas el tiempo apremia. Convienen encuentro en la habitación de ella cuando, vuelto ya el señor, todo mundo duerma.

71

Alta es la noche y el silencio doquier. Desde una hendidura el héroe hacia la montaña espía por ver del señor la vuelta. Mas no es, no asoma. Luego la madrugada. Debe partir. Desde los ojos bizcos de la lozana joven un reclamo de frustración. Desde la vida heroica del heroico héroe, la tersa suavidad de aquellas piernas, la memoria persistente del declive de su valor.

INSCRIPCIÓN

¿Cómo decir que yo el hacedor, el artista, tengo una amante de cuya fuente abrevo? ¿Cómo decir que a su recatado oído una y palabras mil pronuncio mientras a sus muslos desciendo, a su santuario, celosía desde la cual la observo, desde la cual me reconozco y me observo?

72

Si un bando¹ poseyera y una cohorte con chambelanes, esláteos,² bufones y esgorbias, rincón ninguno del universo quedaría sin noticia de este bello amor, apasionado y triste. Pero un susurro es el roce de las palabras, marejada de inocencia y de cariño. En su compás, al cobijo de su cuerpo tibio y del tibio lecho el conocimiento discurre, y la sabiduría y la felicidad, plácida como perfume de fragancia suave. Discurre el destiempo, también, en nuestras vidas, la naveta de un incienso que asciende y asciende al paso del adulterio doble. Cuando esta sombra se apresta a cubrir el firmamento y a despeñar la tormenta, convocamos a Eskol, el lobo de la leyenda, y acude enorme, como en la fábula, a perseguir a la Luna y a devorarla al cabo.

Desde los ojos más bien enigmáticos que vivos de mi amante, desde su rostro hermoso y desde su cuello esbelto nunca antes amado por un hombre, experimento la sensación alada de la paz. *No corre ni una brisa, sólo un mundo bañado por el sol.* Piel contra piel y contra sensibilidad el alma oculta se oculta en el regazo de

¹Edicto o mandato de orden superior publicado solemnemente. También: facción, partido.

²Nombre que se les daba a los negros libres que, en las costas africanas, se dedicaban al tráfico de esclavos.

una habitación luminosa y austera. En esa habitación cuelgan las cortinas blancas plisadas por sus propias manos; cuelga la emoción, el tono de su voz. En esa habitación y en los jardines y en el huerto, he procurado la floración delicada de orquídeas y duraznos, para en nombre de ella, para en su honor, a pesar de furtividad, de prisas, esperanzar que los signos de ese amor permanezcan, aun cuando todo sea ruina y desolación y olvido.

HELENA¹

Hermosa se vio Helena, reflejada en el espejo de su habitación. La holanda lila del fino vestido con que la halagara el apuesto Evaristo deslizaba sobre su figura resaltándola más que en su desnudez. De hecho, lo sabía bien, el arte del recubrimiento y de la insinuación cimentaban su dominio sobre los hombres, ese verlos como reptantes en pos del veneno secreto resguardado en su virginidad.

74 El color lila, lo intuyó, no despegaría más de sí, como si de pronto hubiese adentrado al polvo de su sustancia. Y es que todo comenzó como comienzan los devaneos. En el crepúsculo invernal de su tierra Helena ofreció sus labios a Evaristo, por retenerlo antes de su partir definitivo. Un aura romántica se respiraba en la plaza, el ajetreo tan propio a las vísperas de festividad. Era su primer beso. Entreabiertos sus labios recibieron la otra humedad mientras el vértice de sus muslos percibía la prominencia. Fue su manera de saberlo: la natural cadencia entreabierta de sus piernas obsesionaría de por vida la vida de Evaristo.

¹Uno de los personajes más conocidos de la literatura clásica. Única hija (terrestre) de Zeus y Leda. Su nombre no puede separarse de uno de los conflictos más importantes de la historia de la Antigüedad: la guerra de Troya. En la *Ilíada*, Helena es seducida por Paris, quien se la lleva a Troya. Pretexto, éste, que desencadena la gran expedición que origina una guerra de decenios. Helena también figura en numerosos textos más recientes (Shakespeare, *Troilo y Crésida*; Goethe, *Fausto*, para mencionar sólo dos de los más célebres), como símbolo de la belleza sensual y arrebatadora. Peculiaridad que el personaje homónimo de este texto comparte.

Ya cuando la partida de su enamorado, Helena, cada tarde, una carta le escribió, con letras de canciones, con sus emociones, sus promesas. Ninguna respuesta. Un día al cabo, a la ciudad hermosa de él Helena se llegó, a su casa. Era la feria del lugar y la gente holgaba bullanguería. Evaristo, entonces, con el fino vestido lila la complació, por llevarla consigo al más tradicional de los bailes de esas noches.

Resonaba la orquesta cuando asomara Evaristo. Ya deslumbrante, Helena, desde su mesa, junto a sus primas, a sus recientes amigas imponía su belleza, la novedad de su figura. La sonrisa en su rostro no permitía adivinar si lo fuera por el gusto ante Evaristo, por la vanidad ante el asedio de ese galante joven, como ella, de nombre Patroclo. Y con Patroclo decidió bailar la noche, por vengarse de Evaristo, a quien no dejó de observar, bien aspirando cigarrillos, bien bailando con una grácil mulata.

Ése fue el final del amorío. Desde el espejo de su habitación podía ahora rememorarlo, no sabía si con regusto o con dolor. El fino lila le recordaba tan sólo la desdicha del galante Patroclo. Pues habiéndose prendado de ella hasta el delirio —y, Helena, muy segura estaba, de su veneno—, una madrugada partió por asomarse a su presencia. Radiante, lo supo Helena, había salido, en su coche deportivo; una llama de luz, de asombro, de promesa, acaso, le circundaba. La misma llama con que lo hallaron luego de su hollar con la tragedia y con la muerte.

LOS AMANTES

Lizbeta le manifestó su deseo por una hazaña digna de su belleza: como si San Jorge degollando al dragón para rescatar a su amada. Con pasmo y con asombro, el inconsciente enamorado partió tras el dragón, lo degolló, supuso la salvación de su amada, dispersa más bien, extraviada y cautiva en las mazmorras de su tedio e inconsistencia.

76

Para cuando el amante volvió, ya en el pecho de Lizbeta anidaba deseo nuevo y cuando su cumplimentación el siguiente, y el siguiente, cual si de un desierto inagotable se tratase que alimentare su entraña con el sudor y con la vida de los transeúntes.

De hazaña en hazaña, sin embargo, el amante logró notoriedad; extendióse su fama allende las comarcas y los mares, a los oídos mismos de Lizbeta. Por primera vez, desde los abismos de su tedio, emergió Lizbeta a la contemplación de su enamorado. Hurgó en él, por descubrir las huellas de su magnanimitad, esas aristas en que asentaran la grandeza y notoriedad, tan celebradas en la ciudad, pero sus ojos descubrieron nada, tan habituada estaba al lagar de sí, tan constreñida a las mazmorras de su veleidad.

Un día al cabo Lizbeta le preguntó la causa de su disposición a complacerla. *Porque te amo*, manifestó el amante. Pero Lizbeta no le creyó, manifestándole que, más que de ella, de la fama era el amante. Ese día el amante también se extravió en el laberinto del desconocimiento de sí, en la duda de la razón de su actuar. Fiado desde siempre en el amor de Lizbeta, guiado por él, le era, de pronto, desnudada otra mujer, en quien nunca con

anterioridad reparara pero que vestía visos de encantamiento y de amabilidad y de belleza: la fama. Y he aquí que caminaba con él y le era dúctil y le era noble.

Desde la Ariadna¹ de sus dudas miró el amante a la fama como a las muñecas que conociera en los escaparates de sexo. Vicio para solitarios, desbordó de nuevo hacia Lizbeta. Mas la confrontación una vez, y luego otra y otra más, rompió el sensible cristal de su enamoramiento. Ciego se vio, y entre columnas aherrojado. Quiso clamar a sus dioses, pero sus dioses ensordecían o le obnubilaban. Por la muerte clamó pero era, la muerte, ajena.

De nuevo, desde la generosa veleidad de Lizbeta llegó la liberación para el desdichado. Por manifestarle su amor, como ella le solicitara, en su palacio se está, distante de las hazañas, circundado por la molicie. Y como se rompiera el cristal de su enamoramiento han vuelto los cuerpos, recintos para la exterioridad. En ocasiones el amante descorre los cerrojos, por recibir algún cuerpo de mujer. Nunca el de Lizbeta. De cuando en cuando, sin embargo, dan curso a sus conversaciones. Rememoran, entonces, el tiempo hermoso de las expectativas. Por saber si algún día volverán, de tarde en tarde caminan juntos rumbo al crepúsculo. Línea de luz, de sombra, el crepúsculo les vuelve la faz, triste e infinita, del tedio en que se entretejieron.

¹Personaje mitológico, hija de Minos, rey de Creta, y Pasifae. La narración mítica que le atañe no es para nada unívoca. Por un lado, la tradición la muestra como aquella que ayuda a Teseo a liberar Atenas del tributo de vidas humanas que la ciudad debía ofrecerle al Minotauro (su hermano), mientras que por el otro, se la acusa de haber ayudado a un extranjero (Teseo) a matar a su propio hermano y de haber abandonado a su esposo, Dioniso, por haberse enamorado de Teseo.

RESCOLDO

78

Durante varias tardes se reunieron en consejo. El aburrimiento sobraba, el tiempo, y, nadie se lo confesaba pero todo el mundo lo sabía al sudar las fatigas del azadón o al tactear en la obscuridad el expectante cuerpo de sus mujeres, escasas formas de combatirlo había. Desde cuando el último acontecimiento hasta la cuenta en años se había olvidado; la monotonía, por igual, en el lecho, en la alimentación o en el trabajo. La murmuración perdía novedad, lágamo¹ se volvía la charla. Y charla, charla un día y otro la espina dorsal del consejo.

La reciente temporada había llegado con un brillo en los ojos de los pobladores. Por fin se presentaba un tema digno de discusiones y desvelos. Y es que la embriaguez, la marrullería² de los del pueblo vecino acrecía en denuestos, en forma a todas luces escandalosa, y sin siquiera visos de corrección, antes bien con una fascinación por crecer, a semejanza de la espuma, de los géiser inesperados. Sus mujeres, incluso, por los caminos en la muestra de su impudicia, los jóvenes envanecidos, sus atributos, destellos de su malignidad.

No supieron luego si por temor o por hastío tomaron la decisión. En el transcurso de la asamblea comenzó, a hurtadillas, el gusto del aguardiente y alta la noche no hubo mente con medida, ninguna voz con la cadencia de la suavidad. Obnubilados y altaneros marcharon en sus corceles.

¹Cieno, lodo o barro pegajoso. También: parte arcillosa de las tierras de labor.

²Astucia trampa o de mala intención.

Con cada nuevo golpe mayor apurar licor en los labios de la multitud. Y enardecida, enardecida esa multitud avivó el fuego de su rencor, y desde su rencor el fuego se extendió por la llanura, por los pastizales, por graneros y casas de madera, dentro de las cuales dormían los pecaminosos moradores del pueblo vecino.

Una línea de luz hirió los ojos. Bajo el nuevo despuntar dejaron a sus espaldas resquicios de sol apenas sobre la desolación del antes bullicioso poblado. Abotagados todavía por la experiencia del exceso, bebieron café desde las manos de sus mujeres, acuchillados junto al hogar, en las cocinas de sus moradas. Y en el momento anterior al de esconderse entre la vergüenza del sueño el alboroto les sorprendió, la sonoridad de abundante coheterío. Se anunciaba la visita del Santo Patrón del rumbo y no hubieron sino alistar sus ropas, sus personas, para allegarse con dignidad a la celebración de tan grande acontecimiento.

GENEALOGÍA

Tengo derecho a la existencia —se dijo, cuando contemplaba la furia aherrojada de aquel desconocido ejército, dado ahora a la conquista y al pillaje—, *tengo derecho a la existencia*, se dijo, *y más, mucho más: de mi sangre, de mi estirpe brotará la estirpe del nuevo señorío.*

80

Desde el arrecife en cuya sima¹ permanecía oculta recompuso su ánimo ante dolor tan grande a causa de la destrucción, acicaló su figura con la maceración de hierbas, con aceite ligero y perfumado recubrió sus muslos, sus brazos, su seno; altiva en su desnudez emergió hacia la luminosidad, bajo cuyo efecto el tumulto de una diosa provocó, tan grácil fuera, tan llena de belleza.

Repuestos los guerreros de la sorpresa echaron mano de armas y coraje. Entre sí batallarían por alcanzar la delicia del botín preciado. No hubieron tiempo. Por entre su medio caminó la diosa, garbo y admiración, hasta detener su vista, y detenerse ella, frente al altivo jefe de aquella expedición. Ya el combate resultaba innecesario, y las palabras. ¡Haber llegado a semejante destrucción para encontrarse con la diosa: ése era el objetivo, ahora lo sabían! Llenáronla, entonces, de joyas, de sumisión y una vez bajo la disposición de su sonrisa levaron anclas para volver a su territorio, feraz y legendario.

A resguardo de su hermosura cuidaron de ella los principales jefes, señores, príncipes. Ambrosía maravillosa expelía su

¹ Sima: cavidad grande y muy profunda en la tierra (palabra de origen incaico).

vientre, y hasta él se llegaron por engendrar hijos bellos, robustos, sabios. Y así ocurrió.

Cuando sus hijos fueron señores y contaron con mujeres y con nueras y engendraron hijos y engendraron nietos hasta perder la cuenta, la diosa del señorío, anciana ya mas de belleza plena, recordó su principio, cuando la tarde sangrienta resguardada cabe la sima.¹ *De mi estirpe brotará...* se dijo. Y así era, y lo sería por muchas, definitivas generaciones hacia adelante.

He cumplido —pensó— he cumplido con mi sino. Quise sobreponerme a mis conquistadores, y ha sido. Pero no el odio en mí, no la desdicha por mis antecesores asesinados. Los cuerpos de mis captores amé, sus modos y sus costumbres. Sólo gracias a su brutalidad, a su presencia, he sabido de mí, y que soy, y que me distingo.

¹ Para el significado de “cabe”, véase nota 1, p. 70.

VACILACIÓN

82

Entrecano el hombre salió con su adolescente compañera a unas vacaciones de verano. Visitaron amigos suyos en pueblos por demás simpáticos, entre paisajes contrastantes: de sobreabundancia vegetal el uno y de agua, de peñas agrestes el otro, semidesértico aquél, de notabilísima traza urbana el otro, de altísima belleza. En todos lados la conversación, el vino, las viandas y disfrute en abundancia con los amigos, profesor el uno, funcionario, comerciante, restaurantero, o empresario, a cada quien según donara la vida de sinsabores y bienestar. Y luego de tantos años de no mirarse, de tanta memoria pero de silencio tanto, de la quietud, bonanza, distensión, las palabras siempre luminosas del entrecano hombre conmociones interiores en sus amigos parecían provocar, a la postre, en algunos, cambios importantes, y sin darse cuenta él pero cada vez con plena conciencia ella quien se lo verbalizara: Eres *sembrador de esperanzas*. Reían entonces, reía él sin saber si complacido o asustado, reía ella en un gesto natural y de descubrimiento. Y nuevo descubrimiento hubo, complicidad y risa, cuando mañana a mañana revisara el horóscopo de su compañero el entrecano hombre y nítido observara cómo llegara a su cumplimiento en la vida de aquél ser sin esfuerzo ni condicionamiento algunos. ¿Coincidencia, enigma? Insólita red de palabras ante el gusto natural de descubrimiento en la adolescente; ante el no saber si complacido o asustado en el entrecano hombre.

EL DEVOTO

Él en una ocasión le dijo: *Gusto del santo de Assisi, sin saber porqué ni cómo; un día de su festividad, ha tanto y tanto, se transformó mi vida y le guardo gratitud, emulación; año con año leo un libro en torno suyo y visito, como peregrino, su santuario cuando la oportunidad se ofrece.*

Ella le observaba, le escuchaba; gustaba de su vida y, en forma muy particular, de su persona. Fluía para ambos el tiempo, la naturalidad, con frecuencia la delicia. Y en ese de fluir el tiempo, ella en una ocasión le dijo: *¿Has visto tus parecidos con el santo de Assisi? De no gustar nunca de los animales cuentas ahora con perros, un loro y una yegua arecindada hacia tus manos y tu voz y los amas, a más de tu amor por el firmamento y plantas. Mas nada de ello es tan trascendente cuanto tu actitud ante tu nueva empresa: una muñeca arecindada a tu amistad y tus palabras, como la yegua, buscaste y te fungé como abogada; tu nuevo administrador, dióscuro¹ en su práctica, resabía fidelidad hacia ti, lealtad, como tu perro mayor, émulo éste y su hermano difunto de la luminosa constelación Castor y Pólux; a más de ellos, una persona tienes como secretaria general, apegada a ti, dispuesta a seguirte en todo como si se tratase de tu loro, ¡vamos! digno de un romance español antiguo, y por si fuera poco, tu secretaria particular, esa muchacha, cómo es agradecida,*

83

¹En la mitología griega los Dioscuros (en griego antiguo *Dióskouroi*, “hijos de Zeus”) eran dos famosos héroes, hijos gemelos de Leda y hermanos de Helena de Troya y Clitemnestra, llamados Cástor y Pólux. A pesar de su nombre, la historia de su paternidad es confusa. La versión más conocida es que Zeus se metamorfoseó en cisne y sedujo así a Leda. Por esto se dice con frecuencia que los hijos de Leda salieron de dos huevos que ésta puso.

porque la permaneciste en su puesto, alegre, tan alegremente agradecida como tu pequeñita perra, la chiquita, apenas le confirmaste tu casa como el recinto para su vida.

Es verdad, dijo el hombre, es verdad, y a la sombra añosa de los añosos pirules¹ al santo de Assisi evocó, mientras evocaba, también, la insustituible comodidad de su inmensa plantación, sus regalías.

¹Turbinto, árbol de América meridional. De la familia de las Anacardiáceas, da buena trementina. Sus frutos –bayas redondas de corteza rojiza y olor de pimienta– sirven para hacer una bebida muy grata.

EXPECTATIVAS

Un vuelo internacional de Air France, un día del mes del año de campeonato mundial. Trescientos de entre los quinientos pasajeros acumulaban la emoción entre sus pechos por acudir al partido definitorio de las capacidades competitivas de su país, un país aquél de multiformes expresiones culturales según la muestra fenotípica en el avión de Air France: adónica una pareja de jóvenes rubios, encantadora ella, apuesto él, seguro desde las abundantes guías de viaje en sus valijas, segura ella, altiva, desde las brevísimas cintillas lilas de su tanga breve, como al acaso dejándola entrever. Otra pareja allá, de efebos ganimedeanos¹ luciendo a la menor provocación sus bíceps esteroidícos. Múltiples parejas más, e individuos, distinguidos algunos, ordinarios los más. Y a la mitad exacta del avión de Air France el estelar joven cantante de la televisión nacional. Solicitudes de autógrafos, fotografías de mujeres otrora esbeltas y acaso bellas con el divo, deslucidas y oblongas en sus vestimentas de viaje, el reproche interior de porqué no haber previsto tamaña fortuna.

El divo, el divo sencillo, grato, complaciendo a los adonis, a los efebos, a las mujeres oblongas; una computadora manual

85

¹En la mitología griega, Ganimedes era un héroe divino originario de la Tróade. Siendo un hermoso príncipe troyano, hijo del mismo epónimo Tros (o de Laomedonte, dependiendo de qué fuente se tome en consideración), Ganimedes se convirtió en el amante de Zeus y en el copero de los dioses. Sobre la etimología de su nombre, Robert Graves (*Los mitos griegos*, Barcelona, Ariel, 2007) propone *ganuesthai* + *medea*, es decir: “regocijándose en la virilidad”.

con programas espectaculares de espectáculos musicales para su entrenamiento personal; un asedio constante; un peso en el corazón, un anhelo, como en los de aquellos trescientos pasajeros: el triunfo de su equipo, no se perdiera su actuación estelar en el festejo posterior al triunfo, no se diera inmediata la vuelta, la larga vuelta en los estrechos, incómodos aviones de Air France.

LA POETISA Y EL FORZUDO

A lágrima batiente, cabellera húmeda por su apenas ducha, rimel corrido sobre el rostro bello aún y fresco, breve vestido en gasa verde limón, aroma ella de juventud y trópico, se entró la poetisa en el despacho del presidente de la fundación cultural, quien aprovechó el momento para contemplar a placer su porte esbelto, sus hermosas piernas y hasta sus bragas transparentes cuando se sentó con displicencia y descuido.

De sobra conocida en la fundación, había la poetisa hilvanado un alto prestigio a su liviandad y similar desdén hacia su versificación manida, inoculada en aquellos “talleres” derivados de los socialismos boyantes.¹ Desde su infancia en ellos, muy pronto se vio en recitales con los países hermanos y, más pronto aún, luego de una ingesta de vodka, amanecer desflorada contra el helado piso en el apenas amanecer de su pubertad, ¡experiencia inefable, sendero de búsquedas cual si vía mística! ¿Cómo no pudo el presidente de la fundación conocer semejante destino? En cambio, mientras a placer contemplaba las bragas transparentes cabe² el breve vestido en gasa verde limón, escuchó el reclamo de la poetisa, y su llanto, por haber sido casi violada por El Forzudo, un oficial de transporte de la fundación. Y ¡vaya, la fundación no debiera permanecer sátiros semejantes en su nómina! De modo que, convocado que hubo al Forzudo y es-

¹ Que se ha restablecido o repuesto. En general, se usa para referirse a aquel que, estando bien de dinero o salud –por ejemplo– pierde una u otro, y luego los recobra, siquiera parcialmente.

² Véase nota 1, p. 70.

cuchada su versión tan radicalmente diferente a la de la poetisa, como que el casi violado fuera él sin permitirlo por conocer que con anterioridad fuera levantada por la policía bajo el cargo de trasvesti, no hubo más el presidente sino reír a carcajada también paciente y solicitarle se comprara unos preservativos y procediera con su deber, lo cual cumplió debidamente El Forzudo, en un hotel de mala muerte, para satisfacción de la poetisa y, quizás, quizás, para satisfacción suya también.

FURTIVIDAD

Florecen en algunos países instalaciones de calidades diferenciadas, desde lujo deslumbrante hasta menos, venidas a muy menos, moteles denominadas u hoteles de paso, recintos para la permisividad de los amores clandestinos y de los mercenarios amores, de la concupiscencia acaso. Merced a los colapsos económicos de regiones continentales, diásporas migratorias extienden por las calles a infortunados virtuosos de instrumentos a cual más exquisitos, por las nuevas catedrales del placer la turgencia de mujeres de cuerpos también catedralicios quienes exhiben su desnudez a los siempre propíncuos parroquianos. Por la pasarela aquella bellísima eslava, casi porcelana, casi transparencia el pubis, casi exclusivo deseo; aquella otra, holandesa del bailar desgarbado y estatura descomunal, a mitad de sus vacaciones sin dinero y a una semana de su desnudez con tanto como para dilapidar por un año; la otra, adolescente apenas, rostro de diosa antigua, cabellera en cascada, cuerpo en contorción, noche a noche al retumbo del tambor tres veces tres exposición de su fúlgida hendidura a la mirada de los perseverantes peregrinos siempre dispuestos a anidar en un motel con las dadivas mujeres de las pasarelas.

Requieren los moteles de amplísimos servicios: recamareras,¹ lavanderías, afanadores,² proveedores de artículos para el aseo

¹ Mozo o criada, encargados del aseo y arreglo interior de la casa familiar o de los cuartos de los hoteles.

² Persona que en establecimientos públicos se ocupa en faenas penosas, como barrer, sacudir, asear pisos, etc.

personal. Una honorable dama dedicada a esta última actividad hallábase en la administración de un motel, a su salida vehicular. Hacía la cuenta de toallas, jabones, lociones para el cabello, pañuelos desechables, preservativos, con el encargado del motel. Caía la bruma crepuscular a la par de sus cuentas y conversación, caían sus palabras, sus risas, su dejo irónico hacia las delicias clandestinas caía de tan solo imaginar a los señores y señoras, honorables como ella, entregados al desenfreno con parejas diferentes a las propias en las ocultas habitaciones, en la penumbra oculta, oculta conciencia, con sus ocultos coches, de tan ocultos coches, de tan oculto todo como para vivir el asombro de escuchar un chiiirrido de llantas, un motor, una luz, de velocidad vértigo, viento, golpe en el propio coche de la honorable dama, tan rápido, tan de instante, tan de únicamente adivinar el modelo, color y placas de circulación del vértigo, luego hueco en el estómago tras la valoración del golpe y de salvar la vida.

Otro día, la honorable dama no en un motel: en un restaurante de lujo proveyéndolo de jabones, pañuelos desechables. En el estacionamiento el vehículo del golpe: modelo, color, idénticas las placas de circulación. Momento de resarcirse el daño, claro. Y la indagación, la complicidad de los camareros para saber del dueño. Y esperar al dueño, abordarlo, explicarle: crónica del vehículo golpeado, la noche tal, a la salida del motel tal, en la prisa tal. Y el asombro del señor, su duda, su nuevo inquirir por los detalles, su firmar el cheque y agradecer, sí, su agradecer a tan honorable dama por la tan valiosa información proporcionada cuando, al fin, hubo de abrir los ojos.

EVOCACIÓN

Detengo mi andar y reflexiono, reviso mi trayectoria y no tengo sino llegarme a confesar lo inconfesable: que en mi juventud tras los libros, la música, la política; que las mancebías, los lupanares, el deporte. Que más tarde la enseñanza a generaciones, nuevos libros, nueva música y política; que el abrevar en el conocimiento de pueblos, restaurantes y viajes. Que en su tiempo matrimonio, divorcio, nuevo matrimonio, los hijos; que en la edad adulta libros propios, experimentación, desencanto de la política. Que con la madurez los reconocimientos, las conferencias, frecuencia en los viajes; que los hijos a la universidad, sus viajes propios, las canas en mí, el placer por la bebida y la mesa. ¡Cuánto, cuán grande honor, vida plena! Y de pronto, de pronto, el asombroso goce ante las deliciosas muchachas, el pudor ante su belleza, el asedio hacia sus suaves aromas, la contemplación absorta ante el silencio de su gracialidad y de sus silenciosos pasos, la ondulación de sus caderas, la aurora en ellas, la nostalgia en mí ante su destino distante del mío, la nostalgia.

SENTIMIENTO

Al fulgor de un sol en oro casi como sólo danza la miró y no supo si el palpitar en su pecho se detuvo, si el día se detuvo, si su propia vida se detuvo: no ella en verdad, la imagen de ella, impúbera en sus nacientes senos, en el primero de sus vestidos blancos, de sus zapatillas blancas, de sus recuerdos desde entonces blancos.

92 De los largos largos portales de la plaza a la iglesia de largas columnas también y de portales, su paso por la avenida como si en seda la plisaran sus pies, blanca seda. El cielo, mientras tanto, diáfano en su azul de invierno, tenue el aire, en el ambiente silencio.

Hacia la iglesia se encaminó ella, la imagen de ella, en blanco, hacia el nunca más de la mirada del hombre. Y la evocó el hombre en sus cartas, en sus memorias y ni por asomo ella, de cuando en cuando una sombra.

Años al cabo, desde la deglución de otros labios, carmesí el bilé,¹ ojeras intensas, extensos vestidos en estampado, la imagen de ella le sobresaltó, escapó por sus palabras; de su desolada historia, entonces, desde esos labios se enteró, de la ondulación solitaria en la grande tempestad de su existencia, de su perdurable belleza y vestimenta blanca. Por una vez en su vida las

¹Lápiz de labios.

lágrimas en sus ojos, niebla, bruma, dolor su corazón, mientras el cielo fuera de él diáfano en su azul de invierno, tenue el aire, en el ambiente silencio.

DE UN JOVEN

Vive el hombre y precisamente en su país el tiempo en desgaste político se va. Contempla circunspecto la inesperada explosión popular y cómo uno tras otro los organismos, grupos sociales cuelgan del carismático líder cual de los retablos la filigrana de milagrería. Un día trata como de la revolución en puerta: fulgen los solidaristas desde los más remotos rincones del planeta. Otro día se ha pasmado todo y aprovechan los medios para encumbrar la hoguera con mesas de opinión a cual más docta, iluminada a cual más. Camina la realidad por otra vía, el tiempo, dejando a su paso desmemoria y ruina, el prestigiado consuelo de lamentos y autocomplacencia. El hombre, entretanto, circunspecto; al cabo de la resaca con cierta serenidad. Desde ella se interroga no abundando de sí como no sea incógnitas mayores. Ya los caudillos son memoria, se dice, y la fatalidad le sorprende cuando en la plaza mayor, como en cada tarde su paseo, al nuevo orador escucha invitar a proseguir la ruta del del momento caudillo; tal cual. ¿Serenidad o misterio? Apenas nueva irrupción popular dos décadas delante de la anterior, con el libreto predecible de los retablos de milagrería. El hombre, circunspecto, con cierta serenidad se interroga, y vive. Vive el hombre y precisamente en su país el tiempo en desgaste político se va.

EL ÁRBOL

Un árbol florece en la frontera del país más poderoso de la tierra, un árbol único en su especie, comparable acaso con alguno de los existentes en los jardines encantados de Ben Yuzuf, príncipe de Salem, según el relato de Joseph Azúz. Nos narra él cómo desde las ramas de los árboles encantados se desprenden cánticos dulces con entonaciones de laúd, voces, quedas voces con relatos a cual más fascinante cuando no inquisiciones o enigmas, frutos en sus renueros cual brevas¹ mas de ambrosía, atributos otros, y tributos.

95

Tribulaciones, tributos el árbol en la frontera del país más poderoso de la tierra. No bajo como el cicomoro, tampoco esbelto como los robles ni de fronda galana como guanacastes:² ramas en desnudez, cierto dejó de añosidad, cansancio. Y desde las ramas del árbol aquél, no cánticos dulces se desprenden cuanto lamentos cual de destemplado clavicémbalo,³ no voces quedas cuanto maldiciones o alaridos, el ronco coraje de pieles femeninas desgarradas, senos destazados, cabellos en desborde, úteros mancillados a mansalva, y de los retoños del árbol no

¹ Primer fruto que anualmente da la higuera breval, más grande que el higo. También: provecho logrado sin sacrificio. Ventaja inesperada.

² Árbol tropical de la familia de las Mimosáceas, de fruto no comestible, con forma de oreja. Su madera se utiliza en ebanistería y construcción.

³ Instrumento musical de cuerdas y teclado que se caracteriza por el modo de herir dichas cuerdas desde abajo por picos de pluma.

brevas ni ambrosía, bragas, bragas sí, desconsolado olvido en el denominado entre pueblos y fronteras árbol de las pantaletas.

CÍRCULOS

Caminaron la ciudad, sus calles. En uno de los teatros ofrecieron un concierto improvisando endechas, milongas, melopeas de cadencias por demás extravagantes. El público, de marihuana ahítico, aullidos de exaltación, palmas, carnaval en algún momento, camorra hacia el final, ante el azoro de los músicos, hábito antes de provincias que de las efusiones refinadas de la ciudad. El guía del grupo, sobre todo, quien desde su primera juventud quiso la sujeción de su alma por procurar desde ella la esparsión honda y lenta de estremecimientos. Así su alma aquella noche desnudó, roce apenas, al artista, amigo en su juventud, sombra todavía su mirada.

97

Hacia la madrugada el grupo rumbo al aeropuerto, rumbo a Egipto, al África donde habría una secuencia de audiciones inesperadas. La audición mayor en los resquicios del alma del guía ante el estremecimiento inusitado y hondo de experimentarse adánico, contemplación del Nilo, del Ganges, de los resabios mesopotámicos en él, por más de su origen en las márgenes del Plata. Una máscara de cobre bruñido para el artista a su regreso, por pensar, él también, arraigado gusto en el artista por las máscaras. Mas las máscaras a él parecían aguardarlo a la vera de su casa, de los estremecimientos a la vera.

Caminando las estrechas calles de su pueblo, una anciana una tarde se topó, un saludo, una conversación, queda como nostalgia, como perfume. El viento traía los aromas del estío,

de la floración entonces desbordada. De ella conversaron y de aquellas otras, remotas, conocidas en sus viajes, la emoción de sus viajes, el conocimiento en sus viajes. Y como ave de conocimiento, un día en región arcana, otro en la quietud del caminar apenas, la anciana una esfinge de escucha, un conversar quedo con el músico viajante, una sola cuerda con él, una misma canción.

CHAQUETISMO

Reyes tantos en el mundo han sido y con particularidades e historias tan vastas, ya de seducción o de locura, como para llenar bibliotecas con solo títulos especializados en sus vidas ejemplares. De entre éstos se cuenta, por ejemplo, alguna conseja en torno a las virtudes de Carlos II de España, el hijo epónimo de doña Mariana de Austria. De él se dice haya sido raquítico, enfermizo, con frecuencia atacado por violentas fiebres que lo postraban en la cama, de corta inteligencia y, sobre todo, impotente, por cuanto podría suponerse hubiera habido influencias diabólicas o se hallara Hechizado, nombre éste con el que se le conociera.

99

Mas ello en verdad, en verdad, no es sino maledicencia de historiografías apócrifas, lejanas a las fuentes de donde emana el conocimiento cierto, según puede colegirse de esta nota: algunos pueblos de habla hispana refieren el concepto chaqueta al ejercicio de cubrir, a semejanza de al cuerpo con un saco o chamarro, el apéndice masculino con la mano con el propósito, pudiera pensarse, de procurarle calor, cuestión cierta indudablemente, pero con la finalidad inevitable de conducirle al acto sufrido de la masturbación. De allí la identificación de este acto, de altísima devoción entre los adolescentes, con el apelativo de chaqueta; de allí, también, el reconocimiento de la Sociedad Mundial del Chaquetismo.

Pudiera el tema parecer lejano lejano a las vidas ejemplares de los tantos reyes que en el mundo han sido, de doña Mariana de Austria, de don Carlos II de España, conjetura vana por más de la maledicencia: en la Plaza Mayor de Madrid, en el edificio precisamente de Carlos II de España gobernado por doña Mariana de Austria, su madre y regenta, puede contemplarse el cuadro mural en cuyo centro aparece este epónimo rey, de quien se ha dicho fuera de corta inteligencia y hasta impotente, por la sencilla razón de asumir para sí la imagen de un fauno, hechizado con el hechizo de su mano en la entrepierna, en el arte de legar a la sociedad mundial el ejercicio fundacional de hacerse la chaqueta, acto condenable desde entonces por las gentes de bien, quienes señalan que genera adicción y la adicción debilidad de mente o locura como ocurriera en el caso de su fundador, atacado por tan violentas fiebres que lo postraban en la cama.

VISITAS

Cuando menos esperaba, me llegó la máscara de un tigre, objeto único, propio para danza. Perdió su ruta y nunca dio al viento su manto de estrellas. Por casualidad olfateó mi casa y allí se encuentra desde entonces, presidiendo mi hogar.

Pero sintió nostalgia. Sin saber cómo ni porqué, llegó un viejo hacedor con sendas máscaras de chivo, de diablo y de chiflador.¹ Pavorosas como se las veía en mi pared, decidí su exilio. Los ministros las condujeron al extranjero. Para mi desgracia, el diablo no pasó los requerimientos aduanales, y permanece boquiabierto ante tamaño azoro. Unos prendedores le acomodé en los cuernos: para el nunca olvido de su debilidad.

En venganza, se conjuró a sí mismo –no existe otra explicación–, a la semana siguiente llegó, de nuevo, el mascarero para poner, ahora sí, contra toda esperanza, un chiflador y un laqueadísimo caballero águila.

Por si fuera poco, mis amigos contribuyeron a la invasión: primero dos tigrillos de Puerto Escondido; después, un rostro irónico de ¿príncipe persa, de Valentino, de San Juan Apóstol? No sé. Nada más que de mí se burla, me observa con sorna y aún no encuentro razón para expulsarlo. Antes, ay, antes, se ha llegado a instalar un jaguar. Allí pende en la puerta del baño, rememorando a los comensales el destino de sus sagrados

¹ Chorlo chiflador (*Charadrius melanotos*) es el nombre popular de un ave de vadear con dedos relativamente cortos, que caza por la vista (y no por la percepción, como las aves zancudas). Actualmente se encuentra en peligro de extinción.

alimentos. Semanas después hizo su presencia el tiempo; rey que contempla, pasado, presente y futuro.

La invasión habría continuado, pero convoqué a ministros y embajadores. Enviamos mensajeros, colocamos bandos como jamás fueran pegados tantos. A cal y canto cerré las entradas de mi casa; levanté rosas para con sus espinas detener a los indeseables visitantes.

Puedo afirmar que las precauciones no han sido vanas. Pasan los años y se han abstenido de presentarse ante mis puertas. Demasiado tarde sin embargo: cuando veo a las que se colaron, sus burlas, no puedo sino reconocer que es numeroso el enemigo que llevo dentro.

LITOGRÁFÍA

Nunca supe cómo apareció en mi casa. Por un rato pensé que hubiera escapado de la maravillosa litografía que adornaba la sala de mi abuela. Me recordé contemplando con detenimiento los colores que armonizaban aquel cuadro y, efectivamente, aparecía la figura que me cautivara a lo largo de tantos años. La que se insinuaba en fina corsetería de colores pastel, neoclásica, el aduraznado rostro que quién sabe cuántas veces quise acariciar experimentando lo delicado de su tersura, su aroma, lo luminoso de su color ¿en rojo, rosa, conjunción de claroscuros? Extender la mano, los dedos, pretender el roce de epidermis, de esa epidermis persecutora de mis sueños, de los renglones de mis libros, de la obcecación de sólo ella y sus secretos. ¡Pero por más deseos de caricia, por más alargar la mano, era inmediato el saltar de los mastines y de los arcabuceros que tan celosamente la guardaban. Y ahora, inesperadamente, la tenía frente a mí. Pero no, no, no era la litografía. Ya se trataba de otro tiempo y otro lugar. ¿Quién, entonces, la que apareció en mi casa? No me cupo tiempo ni aliento para plantear tal interrogante. Me fue sencillamente irresistible acariciar aquella piel. Ni mastines ni arcabuceros. Se me ofrecía entera, con altivez sí, pero con generosidad inesperada, casi como su piel, frutos de durazno. Y como dije, era irresistible la caricia. Extendí la mano hacia su mejilla y la mano me fue extensión hacia sus senos, hacia su vientre, incontenible mano que ya no se identificaba sólo con mi cuerpo, que era prolongación dúctil de aquel cuerpo, caudal, resina, ámbar, ámbar sí, porque el fondo secreto de aquella

pelirroja era eso: veta ambarina en la que sus pecas eran los insectos disecados y, desde entonces, yo, la fragmentación fósil que dimensiona transparencia.

EL ROBO

Agobiada de tristeza como la provocaba el Louvre descendió de su marco y se paseó por París. Habiendo descubierto el escaso romanticismo de los flirts se comprendió ilusa al dedicar una sola enigmática sonrisa, provocar muerte o amargura. Pensó en los siglos de su existencia.

Deseosa de gozar los placeres de una discoteca, el mar, la revolución sexual, se dio a la tarea de frecuentar lugares que le procuran compañía. Pero nadie reparaba en ella: había perdido su sonrisa; vestía, además, en forma anticuada. Hasta entonces recordó que después de los años trabajados en el Louvre su mañejador no le había pagado un día siquiera de trabajo y atención. Pensó en reclamar sus derechos declarándose en huelga de hambre, en el mismo Museo del Louvre. Habiendo llegado a comenzarla, un guardia descubrió que se encontraba allí.

105

Al recuerdo del escándalo que provocara la prensa hablando de cierto robo, colocó de nuevo el cuadro en su lugar; se prometió dedicarle esmerada vigilancia y protección.

Desde entonces Mona Lisa está en huelga. Sonríe apenas con satisfacción; más bien con burla. París le ha gustado y espera el momento en que el guardia se descuide para correr, en otra forma, tras de la revolución sexual.

EL MILAGRO

106

Realicé un viaje recorriendo el Mediterráneo y buena parte de Europa, incluido Lourdes que me llamaba con voces de admiración, de penitencia, la gracia que me tocaba, el Espíritu sobre la superficie de las aguas. Fue en Lourdes donde presencié con espanto, casi horrorizado, el inmenso poder de la Misericordia. Un pordiosero entraba cargando su muleta; flotaba la muleta y el pordiosero, dando voces, salía destilando agua y recuperada el habla. Se escuchaba el sonar de una campanilla, se abría paso al desgraciado y entraba el leproso en las aguas de Nuestra Señora. Se limpiaba el cuerpo de la lepra y momentos después se escuchaba de nuevo la campana y en la otra orilla la gente dejaba pasar a un leproso que salía habiendo entrado antes limpio de toda llaga. ¡Enorme milagro! ¿Quién era aquel desgraciado que así se manifestaban en él las caricias de la Belleza? Sordo de nacimiento, durante toda su vida había permanecido sordo a los llamados. Un día se enteró de los milagros. Encaminó sus pasos y con impaciencia se introdujo en las aguas milagrosas, y entonces se operó el portento. Por primera vez en su vida escuchó una voz que llegando a lo profundo le decía: *Toma el sonido que más te agrade*. Fiel al mandato, se deslizó hasta alcanzar la campanilla. Por ahí anda todavía, mostrando a todos los incrédulos de lo que es capaz la Misericordia que lo ha señalado en sus carnes para dar testimonio de la verdad.

NAUFRAGIO

Enfrente nuestro aparecía majestuosa, bellísima embarcación. Luego de la sorpresa y de abordarla, nada más encontramos mujeres deformes. Recorrimos los camarotes y una serie de salones donde se guardaban los cuerpos de muchas niñas, en camarines. Había terror en los rostros infantiles. Sólo las mujeres deformes sonreían cada vez que nos cerraban el paso y nos conducían a una nueva cámara de espanto. En esta agonía fuimos detenidos al medio de una sala inmensa, bañada de luz, en medio de la cual sobresalía un nuevo camarín. El camarín guardaba los cuerpos de dos muchachas en forma por demás asombrosa, única. Aparecían como calaveras pero al mismo tiempo no eran hueserío sino cuerpos compactos, como de mármol. Una visión imposible pero real. Y eran pavorosas y eran íntegras de beldad. En una mejor observación el sobrecogimiento fue mayúsculo. Aquellas mujeres estaban desnudas, el rostro de cada cual a la altura del sexo de la otra. Fueron sorprendidas en su recreo. Y en esa posición las mujeres deformes las habían inyectado condenándolas para toda la vida, por la eternidad, al público suplicio de su amor condenado. Lo pasmoso, sorprendente de la visión, lo constituía el hecho de que el momento las había marcado definitivamente con un rictus de terror que, al tiempo, transparentaba sonrisa tenue de felicidad: lo inmortal del placer y de su refulgente safismo.

HALLAZGO

108

Ahora que la recuerdo, ciertamente era morena. Pero como en los sueños, la vi como si fuera una mujer. Su cuerpo, más que invitación. Para qué hablar de su rostro, de sus cabellos como arrecifes de coral. Una voz me prevenía a cuidado de los reflejos de luna que traslucían por las dimensiones de su piel. ¿Pero cómo imaginar luna tras su fina, morisca piel? Si hubiera sido un continente, podría afirmar junto al salmista, *Morena soy, pero hermosa*. Porque vaya que era hermosa. En su lecho la contemplé, desnuda, perfección. Seguramente por los destellos de luna, sus ojos parecieron emitir algún fulgor que yo consideré el robo más grande a las constelaciones. Y sin embargo no me di por aludido. Por el contrario, me sentí embrujado, cautivo en sus hechizos. Y no intenté siquiera el beso de sus labios. Bebí la pócima más bien sobre sus senos. En sus contornos descubrí un circuito de lunares y tarde comprendí que se trataba de un desconocido archipiélago. Emergí del archipiélago; contracorriente navegué tratando de surcar callosidades y cierta tarde alcancé las costas de su vientre. Lamento no haber tenido la sabiduría de Ulises, ni su barca, ni compañeros que me ataran al mástil. Inevitablemente naufragué y yazgo perdido, en el fondo de sus iniquidades.

FLORACIÓN

Ella le dijo:

Crezco en tu cuerpo como yedra en un muro.

Después, se entregaron al descanso.

Cuando hubo despejado la mañana llegaron los sirvientes.

El mayordomo se apresuró a despertar a sus patrones. Quedó sobresaltado. Sin acertar a más, corrió en busca de ayuda para bajar aquella enredadera que tan misteriosamente creciera, por la noche, en el tálamo nupcial.

SALMO

Al cabo de recuentos, de memoria, de este hueco que marca la distancia, del ahogo que soy y de mi ansiedad de ella, semejo el dolor de los sabios: porque siendo de belleza tan extraña, *hallé que es la mujer más amarga que la muerte.*

Presentación

A CARGO DE MARTIN LIENHARD

zurich**suiza**
febrero**2008**

Nacido en 1947 en la vieja ciudad colonial de San Cristóbal de las Casas (Jovel para quienes quieren acordarse de su pasado prehispánico), Jesús Morales Bermúdez forma parte de esa especie de escritores –hoy en vías de extinción– que aceptan, con cada libro, un reto nuevo. *Divertimenta* es una sorpresa más para sus lectores antiguos, para quienes conocimos el trabajo de su autor a través de obras como *On o t'ian. Antigua palabra. Narrativa indígena ch'ol* (1984) y *Memorial del tiempo o rúa de las conversaciones* (1986). En aquellos años, Jesús, que había concluido la carrera de Antropología en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) de la ciudad de México, acababa de salir de una larga e intensa experiencia científica y existencial entre los indios ch'oles de la selva chiapaneca. Monografía etnográfica, libro de testimonios y panorama de la narrativa oral ch'ol al mismo tiempo, *On o t'ian. Antigua palabra* llamó inmediatamente la atención no sólo de los antropólogos, sino también de los amantes de la literatura. Una de las audacias de esta obra poco convencional fue la de presentar los testimonios de los ch'oles en *castilla*, es decir en la “media lengua” que los indios solían emplear en sus contactos con los forasteros; una lengua que los propios indios, en el contexto de la globalización, venían haciendo cada vez más suya, expresiva y poética.

En su libro sucesivo, *Memorial del tiempo o vía de las conversaciones*, la misma lengua, recreada ahora con mayor libertad poética y en el marco de un relato de testimonio-ficción, restituía el hablar indígena con una inmediatez y una plasticidad inéditas. En sus obras inmediatamente posteriores, *Ceremonial* (1992) y *La espera* (1994), Morales Bermúdez, acogiéndose a formas más cercanas a la tradición novelesca, indagó poéticamente las formas de pensar, de hablar y de actuar de las poblaciones indígenas y mestizas de su terruño.

114

Con *Divertimenta*, el autor cortó las amarras –ya algo roídas– que todavía lo ligaban a una especie de “etnografía” literaria. Sus sesenta piezas configuran un abanico de microrrelatos en los cuales la invención narrativa, libre de tareas documentales o didácticas, se funde con la poesía. Al asomarse a estos textos brevísimos, el lector se abre a una experiencia que recuerda, en algunos aspectos, la que brindaba el *Guckkasten*, juguete óptico de fines del siglo XIX: un armario poligonal erizado de oculares a través de los cuales el espectador maravillado podía asomarse, como soñando, a los mundos más diversos. Como las instantáneas –generalmente exóticas– que se veían en las pantallas luminosas de esos armarios, los relatos de *Divertimenta* parecen ocultar, detrás de su diversidad aparente, una misma lógica de concepción. Pero aquí acaba la analogía entre la magia visual del *Guckkasten* y la magia verbal del libro de Morales Bermúdez. A diferencia de las pantallas del primero, que sólo ofrecían imágenes congeladas, cada una de las “cajas” de *Divertimenta* suelta, cuando la abrimos, una historia completa. Algunas de estas historias son –o se asemejan a– mitos. “Proscenio 2”, por ejemplo, protagonizado por los dioses, explica el origen del sol, de los eclipses y del comal, mientras que en “El foso” se narra cómo,

por la necesidad de compartir el agua con las serpientes, los pobladores de una zona golpeada por la sequía se transforman en ofidios. “Rito” se refiere al abrazo cósmico y fecundante, recordado luego en un ritual colectivo, entre “el hombre” y “la tierra”. Otros relatos despliegan, en no más de dos páginas, toda la saga –fundación, auge y decadencia– de un pueblo (“Santuario”, “La era”, “La castalia”). En “Mito”, otra saga de una comunidad, los sucesos narrados van de la instalación de un grupo de hombres en su paradero definitivo hasta el surgimiento, generaciones después, de un mito que reinventa esa historia.¹ Otras piezas, a veces más breves aún que las que se acaban de mencionar, resultan verdaderas novelas comprimidas; centrándose en uno o pocos momentos cruciales, narran el vértigo o el drama de una vida humana: la pasión deglutidora de Delia, joven adicta a los bailes que se transforma sucesivamente en monja y activista al servicio de los pobres para hacerse, por fin, amante de un catecúmeno (“Delos”); las andanzas eróticas de una joven por el desierto y, al fin, el incesto con su padre (“Suf”); la deriva muda del abencerraje, que acaba de tomar conciencia del desapego amoroso de Harifa, su preferida (“Romance”). Una novela filosófica es “Viajar, viajar…”, pieza en la cual –en dos páginas– se evocan la odisea de Especio, viajero que llega

¹ Acerca de este relato, no quiero ocultarle al lector la clave que me ofreció el propio autor: “‘Mito’ se me ocurrió como explicación mítica del pueblo de Oxchuc. En este caso, llamó mi atención que pueblos lejanos a Oxchuc, en la selva, lo tuvieran presente como un sitio de peregrinaje. Pero no cuenta con una devoción santoral importante como para explicar el peregrinaje que es, además, un peregrinaje simbólico (es decir, no existen procesiones reales sino sólo la expresión de *ir en peregrinación*). Pensé en la forma que toman las peregrinaciones, en fila india, y la asocié con el reptar de las serpientes y la forma fácil como puede construirse una explicación mítica, y la aventuré.”

a conocer setecientas lenguas antes de decidirse, al constatar la irremediable incomunicación de los hombres, a emprender un vuelo trágico.

116

Como el Antiguo Testamento, la *Symplicitos historia* del griego itálico Aeliano, las *Mil y una noches*, el *Popol Vuh*, el Romancero español, el *Decamerón* de Boccaccio, el *Quijote* de Cervantes y otras obras compuestas por acumulación, el libro de Morales Bermúdez es, pese a sus dimensiones extremadamente modestas, un mar de historias. Historias que se refieren a la creación del mundo, a los orígenes de los asentamientos humanos, al surgimiento de mitologías y ritualidades, a guerras entre comunidades arcaicas, pero también a dramas individuales de todo tipo, “nobles”, “burgueses” o “plebeyos”. *Divertimenta* es una odisea literaria a través del espacio, el tiempo y las tradiciones —orales, escriturales, pictóricas— más variadas. En “Sufí”, por ejemplo, uno de los relatos más cortos, se juntan o se funden herencias del Antiguo Testamento (Lot, la mujer de sal), las *Mil y una noches* (Aladino) y la poesía “maldita” del científico persa ‘Umar Khayyam. En “Armonía”, el encuentro —en el trópico— entre Narciso y la madre del agua es también un encuentro entre la mitología grecolatina y la de los indios (o los descendientes de africanos). En “El robo”, corriendo tras de la revolución sexual en las calles de París, Mona Lisa —la de Leonardo da Vinci— junta espacios y épocas distantes. En “La fuente” (la mujer que se descubre soñada por otra) y en “La caja” (las cajas que configuran una especie de laberinto) se percibe la huella de Borges. En *Divertimenta* se juntan, pues, las tradiciones literarias o culturales más diversas. En América Latina, el cosmopolitismo literario, nada insólito, ha sido objeto de grandes debates. Alejo Carpentier, el famoso narrador y ensayista cubano, solía

decir que al escritor de esas latitudes, le resultaban familiares, inevitablemente, los diferentes mundos que la historia le dio en herencia: la América antigua, hispánica e indígena, Europa, el Mediterráneo, el Oriente. Más carnavalescos, los vanguardistas brasileños, homenajeando irónicamente a sus antepasados *tupí*, calificaban su propio cosmopolitismo de *antropofágia*: manera de subrayar la transformación a que se someten, en el país, los aportes foráneos. De *antropofágico* podría calificarse, sin duda, el desparpajo con el cual Morales Bermúdez, en *Divertimenta*, articula elementos de procedencia muy diversa.

Un texto que ha dejado huellas particularmente numerosas y profundas en *Divertimenta* es sin duda la *Odisea*. No por acaso, la figura más representativa del texto es la del viajero, de quien se mueve entre sociedades y tradiciones culturales diferentes: el viajero-filósofo (“Viajar, viajar...”), el caballero andante (“El héroe”), el conquistador (“Genealogía”), la mujer aventurera (“Suff”), el maestro rural (“El maestro”), el emigrante (“El deseo”), etc. Aunque la tradición filológica –respetuosa de los tabúes cristianos– no haya querido verlo, la epopeya protagonizada por Ulises era también, más o menos abiertamente, una odisea erótica. Algo semejante se puede decir de *Divertimenta*. El erotismo es una de las isotopías más evidentes del libro; el *eros* aparece bajo cualquiera de sus formas, humanas o cósmicas. En “Rito”, el hombre se acerca a la tierra como si fuera una mujer. La pasión erótica, el *amour fou* o la sexualidad desenfrenada son los desencadenantes o el motor de muchos de los dramas humanos evocados (“Romance”, “Hallazgo”, “Floración”, etc.); “Delos”, “Suff” y “La noche” ilustran, además, el triunfo del *eros*

sobre los tabúes que pretenden reprimirlo. En “Genealogía”¹ y “Deslices”, se evoca el poder de manipulación que permite alcanzar, ante la concupiscencia de los hombres, un bello cuerpo femenino. “La revelación” gira en torno a la *Kastrationsangst*, el famoso temor a la castración estudiado por Freud. “Naufragio” ofrece una visión onírica, casi vegetal, del safismo. Desde la semántica de su título (*mentis evagatio, animo relaxatio, animi remissio*), *Divertimenta* se presenta como un ejercicio o juego de relajamiento anímico. Gracias a este “relajamiento”, el texto se abre, como sucede en los mitos, a los fantasmas eróticos que guarda el inconsciente humano.

118

A raíz de la sofisticación de su lenguaje, *Divertimenta* puede hacer pensar, a primera vista, en el “orientalismo” preciosista y atemporal de escritores modernistas como Rubén Darío. En rigor, cuando se los lee con la atención adecuada, los microrrelatos de Morales Bermúdez delatan una sensibilidad aguda al paso del tiempo y a la historia bajo cualquiera de sus formas. En varios relatos ubicados en un mundo aparentemente intemporal o mítico irrumpen, de repente, la contemporaneidad más chillona. Así, el paraíso intemporal de Diana en “El jardín” resulta –como los jardines de Coyoacán en la ciudad de México– una bellísima prisión coetánea de un mundo exterior dominado por los estallidos de los motores, los sonidos del rap y el ruido de las discotecas. Patroclo, en busca de su Helena iliádica, muere, a raíz de un accidente de carretera, en su coche deportivo (“Helena”). El viajero-filósofo de “Viajar, viajar…”, que parece moverse en un mar surcado por “embarcaciones fenicias”, no desconoce ni desdeña la sofisticación de los aviones. En “Delos”, con su

¹Este relato alude aparentemente a la figura de la Malinche, la amante maya de Cortés, cuyo papel en la historia de la conquista de México por los españoles se sigue debatiendo hasta hoy.

tecomate, Delia anticipa sin saberlo ella —pero sin ignorarlo el narrador— la difundida costumbre o moda que consiste en no salir de paseo sin armarse previamente de una bebida embotellada. En estas historias, localizadas a primera vista en un pasado remoto, mítico o épico, los signos de la modernidad provocan ante todo un efecto irónico de distanciación, un poco al estilo del final de la última película mexicana de Luis Buñuel, *Simón del desierto*, cuando el monje estilita homónimo, eficazmente tentado por Silvia Pinal, aterriza, tras breve vuelo en *jet*, en un *night-club* de Nueva York. En muchas otras, el paso del tiempo y las transformaciones que auspicia o permite sirven para construir la propia trama narrativa del relato. “De la prensa” y “El deseo” se basan en el drama contemporáneo de la emigración hacia el Norte. En tres de las narraciones mencionadas al comienzo, “Santuario”, “La era” y “La castalia”, la narración desemboca en la evocación de los cambios —poco positivos— que la expansión del capitalismo provoca en la periferia. En “Carraquitas”, el recuerdo de los sacrificios humanos de un pasado remoto se funde con el mito moderno de los *robachicos*, un rumor urbano según el cual las constructoras van secuestrando personas para sacrificarlas y garantizar así la solidez de sus edificios.

Volviendo por fin a los *Guckkasten* del comienzo, urge aclarar que la analogía propuesta, iluminadora pero al mismo tiempo insuficiente para dar cuenta cabal del libro de Morales Bermúdez, deja en la oscuridad el hecho decisivo de que los relatos de *Divertimenta* no son fotografías ni películas, sino textos. Al asomarse a ellos, el lector topará, en primer lugar, con la palabra. El lenguaje que sostiene los relatos de este libro evidencia u oculta, según los casos, una gran sofisticación. Sin que se pueda siempre decir exactamente porqué, el lenguaje que se

despliega en los relatos de *Divertimenta* resulta un idiolecto literario inconfundible. Uno de sus rasgos más llamativos –y relevantes– es su concisión: una concisión poética, apoyada en la polisemia de las palabras y el uso de la metáfora. El momento crucial de “Romance” –que corresponde al instante en el cual el altivo abencerraje descubre el desamor de Harifa– cabe en una sola frase: “Un tajo al corazón quebró al abencerraje”. Con una precisión que sólo permite el lenguaje poético, la metáfora capta la intensidad del golpe, semejante al que tumba a un toro u otro animal en el matadero, y el efecto de destrucción que provoca en su víctima. En “Sufí”, el príncipe y la joven viajera, tras descubrirse padre e hija, “escanciaron el vino dulce de Khayyam”. Esta última frase parece evocar –y evoca sin duda– la ceremonia que consiste en compartir una jarra de vino, pero no se agota en esto: el “vino dulce de Khayyam” alude a la poesía embriagante de ‘Umar Khayyam, poeta persa “maldito”, y prepara así el terreno para la transgresión sexual –el incesto– en que culminará el relato. En ésta como en la frase comentada anteriormente, la metáfora –la poesía– está al servicio de una brevedad que no implica ninguna pérdida de “información”. Desde luego, la metáfora –omnipresente en el texto– cumple también otras funciones. En una expresión como “la Ariadna de sus dudas” (“Los amantes”), por ejemplo, sirve para enriquecer semánticamente la “duda” del protagonista, reforzando al mismo tiempo, con su alusión al mito del Minotauro, el tejido intertextual del relato.

También en cuanto a su sintaxis, su léxico y sus aspectos fónicos, el lenguaje de *Divertimenta* explora múltiples repertorios en busca de la poesía. A la tradición poética en lenguas neolatinas remiten no sólo los tropos, sino también ciertos giros sintácticos, las rimas internas y las aliteraciones. Un sintagma como

“del camino en un recodo” (en vez de “en un recodo del camino”), por ejemplo, recuerda (en “La caja”), la sintaxis latinizante de la poesía renacentista. Otro, “un cordero azoraba asombros” (“Dos hombres”), combina diversos recursos poéticos: el neologismo por derivación (“azorar” > “azoro”), la aliteración (*azorar-asombros*) y el énfasis por tautología (“azoro” y “asombro” son sinónimos). A nivel léxico se observa el uso de palabras de origen nativo, locales, arcaicas, poco usuales o apócrifas: “chiczapote”, “xomitl” o “xochipal” aportan el sabor del vocabulario mesoamericano de origen azteca, “carraquita” (calavera) el del léxico regional, mientras que “esláteos” (africanos traficantes de esclavos) o “efod”, palabras por lo menos inusuales, incitan a soñar otros universos léxicos. En una carta al autor de estas líneas, Jesús Morales Bermúdez, refiriéndose a su léxico, afirmó lo que sigue : “Cultivé en mi adolescencia el amor por las palabras y por la lengua española. Creo conocerla un poco y contar con un registro de palabras poco usuales pero que forman parte de mi vocabulario corriente”. Los rasgos apenas señalados y otros que los lectores descubrirán por su cuenta hacen del lenguaje de *Divertimenta* un instrumento muy peculiar, perfectamente apropiado para ir en pos de la meta máxima de su autor: “lograr la suspensión de la belleza a través de las palabras”.

Se terminó de imprimir en Gráfica LAF s.r.l.
Monteagudo 741 - San Martín, provincia de
Buenos Aires - en el mes de abril de 2008.